

El Topo Blindado

Noviembre 1964

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

CUBA

AÑO 2

15

entre la

COEXISTENCIA

y la

REVOLUCION

Adolfo Gilly

REVISTA MENSUAL DE INVESTIGACION POLITICA INTERNACIONAL

La planificación en Cuba

Paul Sweezy

El Topo Blindado

AMIGO LECTOR:

Cuando decidimos abrir esta sección lo hicimos con la intención de que ocupara permanentemente esta retirada de tapa, como elemento de comunicación entre este equipo editor y usted. Pero la confianza que publicaciones y editoriales dispensan a MR como medio publicitario superó todos nuestros cálculos previos y fue así que nos vimos abrumados por las solicitudes de espacios para avisar. La imposibilidad de rechazarlas, ya que, como es lógico, representan una buena fuente de ingresos para el sustento de MR, y la tiranía del espacio, nos obligaron más de una vez a levantar esta carta a los amigos lectores. Hoy hemos decidido que los avisos pueden esperar para abrir paso a estas postergadas líneas.

Es con verdadera satisfacción que en este número anticipamos la primera parte de un meduloso trabajo sobre la realidad cubana, que próximamente saldrá a la venta completo —en forma de libro— editado por Jorge Alvarez, con quien, para aclarar los interrogantes que nos han planteado numerosos amigos lectores, este equipo editor de MR no tiene otra relación que la de la amistad.

El autor de "Cuba entre la coexistencia y la revolución", es un joven escritor y periodista argentino que se ha destacado siempre por su capacidad en la interpretación marxista de los hechos con que se ha enfrentado su crítico espíritu de observación. Adolfo Gilly, infatigable recorridor de países y de máquinas de escribir, cuenta en el haber de su fecunda trayectoria con antecedentes que hablan por sí solos de su valía: corresponsal del semanario Marcha, de la revista mensual Arauco y de Epoca, por citar publicaciones latinoamericanas. Entre la larga nómina de sus artículos caben mencionar: el proceso de desestalinización de la URSS, la polémica chino-soviética, las discusiones en el seno del P. C. Italiano, la realidad chilena y, como en el caso de este número de MR, la revolución cubana.

Con más de un año de vida en Cuba, Gilly tuvo oportunidad de conocer el pensamiento y las necesidades de las masas revolucionarias. Este trabajo es, en lo fundamental, una crónica de sus actitudes y de cómo se reflejan, o no, en el programa de los dirigentes y en el curso de los acontecimientos. "Para aquéllos, como nosotros, que creen que en última instancia es el pueblo y no los líderes quienes hacen la historia, éste es un tema de importancia crucial". Asimismo afirman Leo Huberman y Paul M. Sweezy no conocer otro autor que haya tratado esta cuestión con la profundidad y capacidad perceptiva de Adolfo Gilly. Queda en sus manos, amigo lector, juzgar la validez de estos juicios.

Antes de finalizar, como no podía ser de otra manera, nuestra consabida exhortación al incremento de suscripciones, verdadero pilar de sustentación en esta empresa que nos hemos impuesto. Si usted es asiduo lector y está de acuerdo con la función que cumple MR, debe convertirse en suscriptor; si ya lo es, inste a sus amigos a imitarlo u obséquiele una suscripción. No olvide que apoyar a MR es hacerlo con una parte de usted mismo. Hasta la próxima.

Revista de
investigación política internacional
dirigida por
Leo Huberman y Paul M. Sweezy

Nº 15

Año 2

Noviembre 1964

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

INDICE

	PÁGS.
1. — <i>Cuba entre la coexistencia y la revolución</i> , por Adolfo Gilly	3
2. — <i>La planificación económica</i> , por Paul M. Sweezy	42
3. — <i>Los socialistas y las elecciones —un intercambio de cartas — entre Leo Huberman y Joan R.</i>	54

SUSCRIPCIONES

ARGENTINA:

De Amigo	\$ 600.— m/n.
Anual (12 números)	\$ 480.— m/n.
Semestral (6 números)	\$ 250.— m/n.
Trimestral (3 números)	\$ 130.— m/n.

EXTERIOR ANUAL (12 números)

Vía simple

Vía aérea:

América	u\$. 9.— dólares
Europa, Asia y África	u\$. 12.— dólares

Es una publicación de Editorial Perspectivas S.R.L. (en formación).
Directora: Irene Mizrahi. Giros y correspondencia a nombre de Editorial Perspectivas S.R.L. (e.f.) Diagonal Pte. Roque Sáenz Peña 760, 5º piso, of. 531, Buenos Aires, Argentina. Prohibida la reproducción total o parcial. Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Registro de la Propiedad Intelectual Nº 831.608.

Distribuidor exclusivo para Capital Federal:
Pedro Sirera. Quiosco de Corrientes 1557.

ediciones

EXODO

CREDITO-EDITORIAL

psicología
arte
historia
literatura
sociología

46 esquina 11
La Plata

PASADO Y PRESENTE N° 5

Algunos artículos:

- sartre — lumumba y el neocolonialismo
- gianotti — marxismo, técnica y alienación
- guevara y bettelheim — polémica sobre la planificación cubana
- toglatti — memorándum sobre el movimiento comunista internacional

CUBA

entre la

COEXISTENCIA

y la

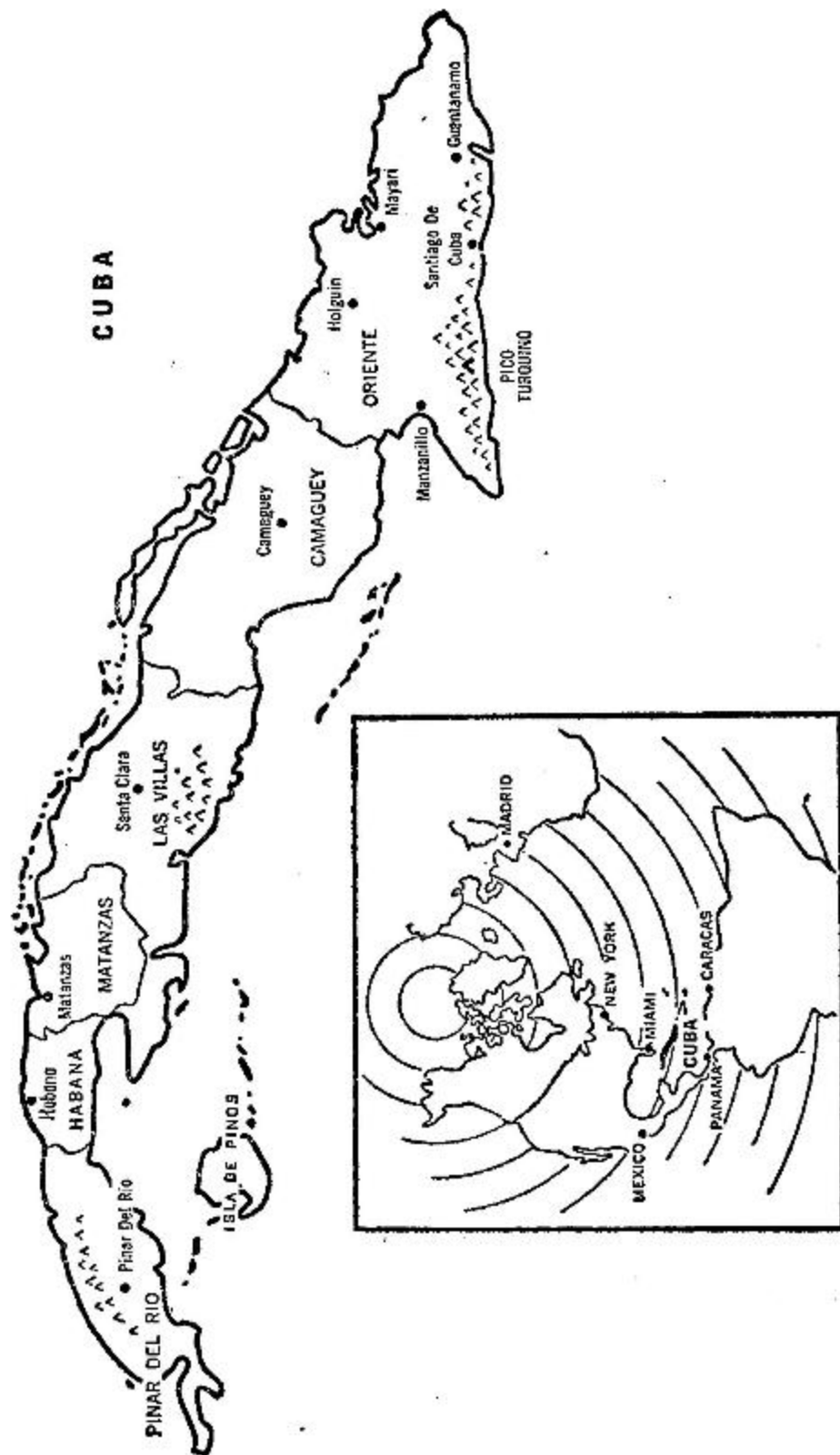
REVOLUCION

Adolfo Gilly

INDICE

	PÁGS.
Presentación	5
Introducción	6
I - ¿Industria o Agricultura?	7
II - ¿Dinero o Revolución?	11
III - Los Sindicatos en Cuba	19
IV - La segunda Reforma Agraria	27
V - Dos tendencias en la Revolución Cubana	33

El Topo Blindado



PRESENTACION

Esta serie de artículos fue publicada inicialmente en la revista "Partisans", de París, y en el semanario "Marcha", de Montevideo. Desde que las líneas de la introducción fueron escritas, la lucha de tendencias en el seno de la revolución ha continuado y se ha intensificado, en la misma medida en que lo han hecho la discusión chino-soviética y el proceso mundial de revolución. Las cuestiones aquí planteadas siguen figurando entre las centrales de esta lucha y serán decisivas en toda la presente etapa de la revolución.

Este trabajo forma la primera parte de un volumen más extenso, que aparece íntegro en la edición norteamericana de "Monthly Review", con el título de "Dos tendencias en la revolución cubana - Coexistencia o revolución".

Adolfo Gilly

En el interior de la revolución cubana bullen fuerzas enormes. Bajo una aparente continuidad, durante todo este año ha estado gestándose un salto de la revolución, que en parte está estimulado, y en parte contenido, por el giro de la discusión chino-soviética. Los elementos de ese cambio son internacionales e internos. Su raíz última hay que buscarla en la gigantesca transformación que están atravesando las fuerzas y los movimientos revolucionarios en todo el mundo en estos años, y en el crecimiento interior del pueblo cubano que no se siente intimidado, sino al contrario, enardecido, por la continua provocación y agresión exterior. Aunque para un observador superficial el desarrollo interior de Cuba aparezca uniforme, rectilíneo y sin solución de continuidad, esos procesos profundos se reflejan de un modo u otro en la dirección de la revolución, en el equipo de Fidel Castro, en su política, en su conducción y en sus tomas de posición recientes. Se reflejarán mucho más directamente, a un plazo no muy largo, en nuevas medidas e iniciativas, que no pueden dejar de surgir en Cuba revolucionaria. En estas notas trataremos de mostrar cuáles son los factores internos e internacionales que determinan hoy el curso de la revolución, cuáles son sus problemas inmediatos y cuáles las tendencias que se abren paso en el desarrollo de la revolución socialista en Cuba.

¿INDUSTRIA O AGRICULTURA?

“La industria es el motor y la agricultura es la base del desarrollo”, dicen los chinos. Pero ¿hay que dar prioridad a la agricultura para obtener los medios para desarrollar la industria o hay que dar prioridad a la industria para impulsar el desarrollo de una agricultura moderna y productiva? Este es uno de los varios dilemas que se le plantean a Cuba en este momento, tanto en política interior como en política internacional. Y estos dilemas se organizan en constelaciones interrelacionadas, de modo tal que resolver uno en un sentido, es ya tirar en cadena todos los otros en la misma dirección.

No basta decir que se debe establecer una “justa proporción” y una “relación armónica” entre ambos sectores. ¿Cuál es esa proporción y dónde está esa armonía? La respuesta nos arroja de lleno en el terreno de la política y en el centro de las polémicas en curso entre los dirigentes y los cuadros técnicos, económicos y políticos de la revolución cubana.

En los primeros años de la revolución, y casi hasta 1962, el equipo dirigente creyó poder industrializar Cuba en corto plazo y desarrollar una industria completa, incluso productora de bienes de producción. Esta concepción chocó con la realidad y ha sido abandonada por los dirigentes cubanos: Che Guevara ha reconocido más de una vez el error, la última de ellas en su intervención en las discusiones sobre planificación en Argelia.

Pero esto no significa que se haya abandonado la idea de industrializar el país, siendo la industria la base del progreso y de la elevación del nivel de vida de la población. Ahora bien, ¿de dónde sacar los fondos para la industrialización?

Cuba es un país que depende en gran medida de su comercio exterior. Con lo que obtiene por el azúcar, el tabaco y otros productos agrícolas, adquiere los productos industriales que necesita. Esta estructura, heredada del pasado capitalista y semi-colonial, no podía ser cambiada por un acto de voluntad, sino por una planificación del sucesivo desarrollo. Pero para este cambio, hacen falta fondos. Y esos fondos, durante toda la etapa inicial, no pueden provenir sino de dos fuentes: el financia-

El Topo Blindado

Aunque a Cuba se le cerró el acceso al financiamiento de los países capitalistas, tiene en cambio los créditos concedidos por los países socialistas, a comenzar por la Unión Soviética. Pero dichos créditos, a parte de no ser ilimitados, deben dedicarse en buena parte a cubrir los gastos enormes que está significando para Cuba, cada día, la transformación de todo su equipo industrial, de toda su tecnología, heredada de los norteamericanos, a la del campo socialista. No hay por ahora, de todos modos, otra alternativa: el bloqueo es muy fuerte y maquinaria norteamericana que se para por falta de repuestos, es muy difícil volver a ponerla en marcha. Hace falta una nueva, importada del campo socialista, y piénsese lo que esto significa para un país subdesarrollado y sin grandes recursos financieros. El bloqueo, sin paradoja, está ocasionando a Cuba destrucciones equivalentes a una pequeña guerra. Sin comprender esta realidad, no tiene sentido ponerse a hablar en abstracto sobre las dificultades de la economía cubana atribuyéndolas a la nacionalización y la planificación.

Dichos créditos, por otra parte, han colocado a Cuba en una situación de desbalance comercial con la Unión Soviética particularmente, que introduce un nuevo elemento de presión sobre toda la política de la revolución cubana. Cuba es deudora de la Unión Soviética, y esa deuda ha ido aumentando en lugar de disminuir, situación que no desagrada en absoluto al gobierno norteamericano que, como es lógico, confía más en Khrushchev que en Fidel Castro.

Por otro lado, los recursos que el comercio exterior, la exportación, provee a Cuba, provienen fundamentalmente del azúcar. Y la producción de azúcar cayó hasta alcanzar su punto más bajo en la última zafra, mientras las destrucciones del ciclón anuncian una zafra aún menor para el próximo año.

A su regreso de la Unión Soviética, Fidel Castro puso mucho más el acento sobre la necesidad de desarrollar el cultivo de caña de azúcar y la producción azucarera, y de dedicar todas las energías a la agricultura como base del desarrollo del país. Teniendo un mercado seguro para el azúcar en los países socialistas, dijo, de allí deben salir los recursos para el desarrollo económico del país. No sólo en la caña insistió Fidel Castro, sino

también en la ganadería, en la cual, dijo, nada se opone a que Cuba, con el necesario esfuerzo, alcance los niveles de rendimiento de países como Holanda.

Esto significaba, en su concepción, dedicar mayores recursos al campo, recursos que sólo pueden obtenerse disminuyendo los destinados al desarrollo industrial inmediato. En un discurso posterior puso un signo de interrogación, por ejemplo, sobre el proyecto de construcción de una planta siderúrgica en Santiago de Cuba, ya aprobado anteriormente.

Cuba necesita aumentar la productividad agrícola; esto lo reconocen todos en la isla. En las granjas del pueblo, el costo de producción es considerablemente superior al de los agricultores privados. Y será muy difícil convencer a éstos de las ventajas de la asociación en tanto no las vean en la práctica, ante todo en un mayor rendimiento de las tierras nacionalizadas.

Entre los mismos agricultores privados, ha habido un sector desinteresado en aumentar el rendimiento. Esto se debe en parte a motivos políticos, a una actitud de resistencia pasiva, cuando no activa, de los campesinos acomodados contra el gobierno revolucionario. La llamada "segunda reforma agraria", es decir, la reciente nacionalización de todas las propiedades mayores de cinco caballerías (67 Ha.) y hasta 30 caballerías —que en total eran más de seis mil en toda la isla— ha sido un golpe dirigido contra ese sector.

Pero esto no termina de resolver los problemas. Aun el pequeño agricultor tiene sus motivos para no aumentar demasiado la producción. El mide sus resultados, sus beneficios, no a través de la cantidad de dinero que le paga el Estado, sino sobre todo por lo que puede comprar con ese dinero en el mercado.

Y el mercado, actualmente, no puede comprar muchos de los productos industriales que antes se importaban y que ahora no hay.

Para estimularlo a producir más, es necesario que los almacenes del Estado, las Tiendas del Pueblo en el campo, le ofrezcan mayor variedad y cantidad de artículos. Y aunque las tiendas están bien surtidas según los actuales niveles cubanos, es indudable que también allí se hacen sentir los efectos del bloqueo.

En este punto es donde los defensores de la prioridad del desarrollo industrial sostienen que para estimular el aumento

El Topo Blindado

de la producción agraria hay que dar un impulso inmediato a la producción de artículos industriales. Y que por otra parte, elevar la productividad en las granjas del pueblo no depende tanto de mayores inversiones —que deberían ser retiradas de la industria y que, a partir de cierto punto, tendrían un rendimiento no proporcional— sino de una mejor organización del trabajo y de la producción en general, que a su vez está ligada a un desarrollo de la industria. Pues no hay ningún motivo para que, según la estimación de los técnicos cubanos, cada peso de producción esté costando en las granjas aproximadamente un peso y veinte centavos, ni para que el agricultor privado siga teniendo, con menores recursos técnicos, un rendimiento bastante superior.

Tampoco los artículos industriales de consumo pueden importarse en gran cantidad de los países socialistas; por un lado por la falta de divisas y el constante aumento del desbalance comercial, por el otro porque aquellos países tienen también penuria de esos artículos en sus propios mercados.

En cuanto a alcanzar la productividad ganadera de Holanda, parece también una esperanza tan aventurada como la de desarrollar una industria completa en pocos años. Pues esa productividad no son los países subdesarrollados, sino los industrializados, con toda la estructura técnica y social que esto significa, quienes están en grado de lograrla.

Desde este punto de vista, de cualquier lado que se parta, la prioridad correspondería a la industria.

En sus recientes discursos, Fidel Castro ha dejado nuevamente sin definición el dilema, mientras la polémica interior se desarrolla entre el sector "industrialista", encabezado por el Ministro de Industrias, comandante Ernesto Che Guevara, y el sector "agrario", representado por Carlos Rafael Rodríguez, presidente del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), proveniente de la vieja dirección del Partido Socialista Popular (Comunista) de Cuba.

La polémica se entrecruza con otros problemas, principalmente la política internacional y la política de organización económica interior. Allí, como veremos, los alineamientos se repiten.

¿DINERO O REVOLUCION?

Aumentar la productividad es una de las preocupaciones centrales en la economía cubana. En la situación presente, no es solamente un problema de inversiones, sino también de rendimiento de la mano de obra ocupada en las instalaciones actuales, tanto en el campo como en la industria.

En el lento aumento de la productividad por hombre ocupado —que en algunas ramas es estancamiento y en otras, aun caída— inciden varios problemas. Por un lado, un exceso de mano de obra en muchas industrias. No se ha despedido personal y en cambio, por falta de materias primas importadas o rotura de máquinas, la producción ha debido restringirse. Otras veces se han unido varios talleres pequeños nacionalizados, o se han cerrado otros anticuados y no rentables, y a los trabajadores allí ocupados se les ha buscado otro trabajo o continúan cobrando su sueldo por estudiar en escuelas técnicas o por hacer un trabajo en buena parte superfluo. Lo que el Estado cubano ha evitado, en todos los casos, es que nacionalización signifique desocupación o despido. Pero la productividad se ha resentido.

Por otro lado, el nuevo personal dirigente y administrativo de las empresas nacionalizadas, formado sobre la marcha para reemplazar a los antiguos directores y administradores, ha incidido con su inexperiencia en una caída de la organización interior de las empresas. Esto no es absoluto, pero es relativamente generalizado, y recién en esta etapa la revolución empieza a establecer una continuidad de administradores propios y a formar nuevos administradores en escuelas especiales.

En tercer lugar se ha presentado, bajo distintas formas, un relajamiento relativo de la disciplina del trabajo. El gobierno ha combatido desde hace tiempo la tendencia anterior a suspender el trabajo por razones políticas, por reuniones o por asambleas, estableciendo que todos esos actos deben realizarse fuera de las horas de trabajo (pues resultaba muy sencillo a la administración "politizarse" y desorganizar la producción con la mejor intención política del mundo).

Pero tampoco hay disciplina del trabajo que valga —y más

El Topo Blindado

cuando se trata de una disciplina como la establecida en Cuba, en gran parte voluntaria, fuera de los métodos de coerción policial o económica— si no hay al mismo tiempo un interés directo del trabajador en la tarea que realiza, sea por apoyo a la revolución, por entusiasmo personal hacia el propio trabajo o para ganar más dinero.

¿Cuál es el incentivo que mueve al trabajador a producir más? En el régimen capitalista es muy claro: una combinación entre el sistema de premios en dinero y el sistema de penas, sea en forma de despido o de presión externa a su conciencia bajo una u otra forma.

En Cuba, el sistema de penas, salvo en casos extremos de sabotaje probado a la producción o de incumplimiento total, prácticamente no existe. Y el sistema de premios, hasta no hace mucho, tampoco.

Este es el punto de partida de la polémica sobre si son los incentivos en dinero, los estímulos materiales, o los incentivos morales, los estímulos socialistas, los que moverán al trabajador a aumentar su producción y su interés en el trabajo.

La tendencia que podemos definir como conservadora o de derecha dentro de los países socialistas, sostiene que solamente los estímulos materiales, es decir, un sistema de premios bien diferenciado y vecino al trabajo a destajo, puede hacer aumentar la producción. Los defensores de esta teoría dan diversas argumentaciones sobre el carácter "socialista" de los estímulos materiales, a pesar de que desde la época de Marx dicho sistema ha sido reconocido por los teóricos socialistas como un recurso propio de la economía capitalista al cual debe recurrir la economía de la etapa de transición al socialismo; pero que gradualmente debe desaparecer a medida que éste se acerca.

La tendencia que, en cambio, puede ser definida como izquierdista, sostiene que los estímulos materiales, aunque haya que recurrir a ellos en ciertos casos, deben ser colocados totalmente en segundo plano, y que el principal estímulo para el trabajador en el régimen de transición al socialismo debe ser el entusiasmo revolucionario, la comprensión de que trabaja para construir el socialismo, el ejemplo y el estímulo de los trabajadores socialistas de vanguardia. Esta corriente sostiene que el estímulo material usado extensamente corrompe las bases de desarrollo del socialismo y reintroduce por la ventana la simien-

te del capitalismo, al mismo tiempo que subestima todo el valor del entusiasmo revolucionario de los trabajadores.

Entre los defensores de la primera tendencia en Cuba figura Carlos Rafael Rodríguez. Entre los partidarios de la segunda, Ernesto Che Guevara. En forma más o menos abierta, Blas Roca se pronunció por los estímulos materiales, Osvaldo Dorticós por la prioridad de los estímulos morales. Dada la forma velada e indirecta que toman las polémicas en Cuba, ninguno de estos pronunciamientos ha sido totalmente claro, sino que han aparecido como cuestiones de acentuación en uno u otro sentido. Sin embargo, el acento aquí o el acento allá encubren una profunda y verdadera polémica.

Los técnicos de los países socialistas europeos, URSS en primer lugar y Checoslovaquia en segundo, han defendido fuertemente ante la dirección cubana la necesidad de dar preeminencia a los estímulos materiales. En estos países ha sido teorizada la necesidad de esos estímulos, y lo que los dirigentes económicos ofrecen al trabajador no es simplemente la visión del porvenir socialista o del desarrollo de la revolución en otros países, sino sobre todo la perspectiva de comprarse un televisor, o mejor ropa, o hasta una motocicleta o un automóvil. Esto, por otro lado, sirve para despolitizar el trabajo, para alentar la tendencia a que cada uno se dedique a su porvenir individual y para que los trabajadores se ocupen de producir y los dirigentes de dirigir, es decir, de la política.

En Cuba, es un mito despolitizar nada. La política, es decir, la revolución, es el pan de cada día de cada cubano. Y cuando todo un sector, y el más importante y decisivo, de la dirección cubana, insiste en los estímulos morales, es porque quiere basarse conscientemente en la política para estimular la producción.

Pero el mismo carácter de los estímulos morales está en discusión en la propia Cuba.

Por ejemplo, una de las formas de elevar el entusiasmo por el trabajo es la campaña de emulación. La emulación consiste en un sistema de puntaje por puntualidad en el trabajo, cantidad y calidad de producción, asistencia y otros índices similares. Se inscriben para emular, en cada empresa, los trabajadores que quieren hacerlo. A los vencedores de la emulación, es decir, a los que cada mes obtienen mayor puntaje en su categoría, se les conceden distintivos honoríficos como "trabajadores de van-

El Topo Blindado

guardia". Luego, por sector, y a escala nacional, se otorgan otros premios, como puede ser una semana de vacaciones pagas en un centro de turismo cubano o un viaje por los países socialistas. Pero el sentido de la emulación es la satisfacción moral por el reconocimiento como trabajador de vanguardia.

Todo esto es inconcebible en un régimen capitalista, donde la empresa —y por ende la ganancia— es propiedad privada y donde al trabajador no le interesa la producción, que es asunto del empresario, sino el salario. Pero es aceptado y llevado adelante por los trabajadores en un régimen de propiedad nacionalizada, donde no existe empresario ni ganancia privada.

Sin embargo, la emulación toma muchas veces un carácter formal, los índices se cubren porque así está establecido y la rutina se apodera de todo el sistema: la emulación por la emulación misma, sin otro aliciente exterior, corre el peligro permanente de convertirse en una institución burocrática más, que no produce al trabajador ni frío ni calor.

Otra de las formas del estímulo moral es el ejemplo de los trabajadores voluntarios. Así, los domingos o los sábados por la tarde, se organizan "batallones rojos" de trabajadores voluntarios para realizar tareas especiales, como pueden ser el corte de caña o el trabajo productivo en empresas de otro sector distinto del propio. Estos trabajadores voluntarios son una minoría, pero una minoría muy amplia y con un entusiasmo inagotable. Y en la época de la zafra, antes del amanecer, salen de las ciudades las caravanas de camiones con voluntarios para cortar caña en los campos cercanos.

Por otra parte, hay otra forma de trabajo voluntario mucho más continuo, que es el obrero o empleado que realiza horas extras cuantas veces es necesario para sacar adelante un trabajo urgente o resolver problemas creados por la falta de repuestos, de materias primas o de técnicos.

En todo esto, el dinero no funciona para nada. El motor es el entusiasmo por la revolución, la convicción de que el trabajo es en definitiva para todos, es decir, para uno mismo, y sobre todo, el haber encontrado un sentido al trabajo diario, que ya no es sólo para ganarse la vida, sino también para construir algo que el trabajador ve y siente como propio.

Sin embargo, eso no es todo. El gran problema no es movilizar a una minoría en ese ambiente, sino arrastrar y entu-

siasmar a la mayoría. Y es aquí donde, mientras una tendencia dice que es posible lograrlo, la otra sostiene que no hay estímulo más efectivo que los premios en dinero para inducir a la gran mayoría a elevar el rendimiento.

Actualmente se está estableciendo en Cuba un sistema de normas de trabajo (normas que existen en toda empresa capitalista organizada) para fijar la cantidad y calidad de producción de cada operario. Por encima de la norma, se paga un premio que equivale al 20 por ciento de lo que se paga por la producción incluida en la norma. Dicho premio, en cualquier caso, no puede pasar del quince por ciento del salario total, pues si supera esa cifra, es indicio de que la norma es baja y debe ser reajustada. Es claro que estas normas, aunque introducen una forma de premio, están lejos de ser un sistema de estímulos en dinero como los existentes en otros países socialistas.

El país que en un sentido ha ido más lejos en esta clase de estímulos es Yugoslavia, donde el principio del "interesamiento material de los trabajadores en el resultado de la producción" se aplica a través de los comités de autogestión, que son organismos que dirigen las empresas desde el punto de vista económico y que se preocupan de que los resultados económicos —la ganancia— sean los mejores posibles, pues esa ganancia se distribuye en parte importante en forma de premios entre el personal de la empresa.

Este sistema, en apariencia tan efectivo, en la práctica trae consigo la competencia entre las distintas empresas; los acuerdos entre empresas no para aumentar la producción sino para aumentar las ganancias; la disgregación del plan central y el privilegio para las empresas más modernas a costa de las más pobres o atrasadas. Es decir, ataca el centro mismo del funcionamiento del sistema de transición al socialismo, la planificación centralizada y el sometimiento del esfuerzo individual a los objetivos colectivos de la sociedad.

Sin llegar a copiar el sistema yugoslavo, es el principio de la ganancia por empresa distribuida en parte entre el personal como estímulo material, lo que la tendencia representada por Carlos Rafael Rodríguez quiere introducir en Cuba. Dicho tipo de funcionamiento significa, al mismo tiempo, que los resultados de la gestión económica de la administración se miden por el dinero, es decir, por la mayor o menor ganancia que deja la empresa.

El Tope Blindado

Contra esta teoría, la posición del Ministro de Industrias es que debe mantenerse el sistema centralizado, y que el control de la gestión económica debe hacerse a través de índices económicos controlados centralmente, de acuerdo con un presupuesto de funcionamiento establecido en el plan de cada año. Si la empresa supera o queda por debajo de esos índices, es lo que dirá si funciona bien, regular o mal, y qué es lo que hay que corregir.

En particular, la hostilidad de la tendencia representada por el Che Guevara hacia el sistema de la ganancia por empresa, deriva de que éste reintroduce una forma de semicompetencia entre empresas y desbarata el sistema de conducción centralizada de la economía. La competencia termina por primar sobre el plan y el interés material individual y por empresa sobre el interés socialista colectivo centralizado en el plan. Y según el Ministro de Industrias cubano, la economía socialista va hacia la centralización en la conducción, que será acentuada cada vez más con los métodos de automatización y de programación lineal de la producción. La ganancia por empresa introduce, por otro lado, el estímulo en dinero, individual, no socialista, como el motor esencial de la producción, relegando a la conciencia socialista para los días de fiesta y las celebraciones revolucionarias.

El propio Che Guevara, en una de sus intervenciones, habría dicho que la competencia capitalista es "una lucha entre fieras", mientras el sistema de la autogestión y la ganancia por empresa es "una lucha entre fieras enjauladas".

Como la polémica no está definida, actualmente se aplican en Cuba ambos sistemas: en las empresas del INRA, la autogestión financiera; en las empresas del Ministerio de Industrias, el control por el presupuesto.

Toda la cuestión está ligada, por otra parte, a la discusión existente en los países socialistas sobre el funcionamiento de la ley del valor en el régimen de transición al socialismo. Precisamente sobre esta cuestión han publicado artículos que polemizan entre sí, por un lado el Ministro de Industrias en la revista de su ministerio, por el otro el Ministro de Comercio Exterior, comandante Alberto Mora, en la revista del suyo, "Comercio Exterior".

Está ligada también, en lo externo, al sistema y los métodos de relaciones comerciales con los países socialistas [en particular con los del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica)],

y en lo interno, a los criterios a utilizar en la determinación de la escala de salarios en Cuba. En esta escala, los partidarios de los estímulos morales tienden a ampliar el abanico, los de los estímulos morales a reducirlo. Así, uno de los proyectos consistiría en fijar una relación máxima de uno a diez, en una escala que iría desde el salario mínimo de 75 pesos (descuentos hechos) al salario máximo de 700 pesos, para un ministro; otro, en cambio, propondría fijar este tope máximo en 500 o 550 pesos. Pues si se quiere recurrir al estímulo de la conciencia socialista, la tendencia a una mayor igualdad es un elemento fundamental.

Los adversarios de los estímulos materiales agregan otro argumento, coyuntural, y es que en la situación de escasez de artículos de consumo que hay en Cuba, aumentar el salario a partir de cierto límite no significa nada para el trabajador, porque no puede comprar lo que quisiera. En consecuencia, prefiere cobrar menos pero esforzarse menos.

En este aspecto las cifras son serias: en 1962 los pagos por conceptos de sueldos, salarios, pensiones, etc., ascendieron aproximadamente a unos 2.500 millones de pesos, mientras lo cobrado por venta de mercaderías no pasó de unos 1.700 millones. Aun descontando el ahorro, resta por lo menos una presión inflacionaria que oscila entre los 500 y los 600 millones de pesos sin su contrapartida en mercancías.

La polémica tiene aun otros elementos, esta vez ligados directamente al campo de la política.

Para interesar a los trabajadores en la producción, no bastan los banderines y las menciones honoríficas. No bastan tampoco los llamados a su conciencia socialista.

La amenaza de invasión en octubre de 1962 provocó un fenómeno económico que luego fue discutido y estudiado en Cuba: con menos personal, pues parte estaba movilizado, las empresas mantuvieron y aumentaron la producción. Ante el peligro que corría la revolución y el país, todo el mundo se puso a producir. La vida nacional tenía un objetivo centralizado y concreto: derrotar al enemigo imperialista.

En cambio, las situaciones de incertidumbre política de la revolución —por ejemplo, la indefinición entre la URSS y China, que es un tema que interesa vitalmente a todo el pueblo cubano— tienen un efecto contrario. El interés productivo baja. Un desarrollo del movimiento revolucionario en América Latina, hace subir el entusiasmo. Y si la dirección cubana, a través de

sus discursos, sus llamados, sus tomas de posiciones, aparece ligada a este desarrollo, al día siguiente se ve aumentar el entusiasmo en las calles y en los centros de producción. Esto no es ninguna exageración: en un sistema donde la producción está íntimamente ligada a la política, y no a la ganancia del empresario, una política compartida por los trabajadores o que los entusiasma, despierta su apoyo también en forma de un mayor esfuerzo productivo. No otra cosa sucede, por lo demás, en la propia Unión Soviética, donde cuando las fábricas producen encargos para Cuba ven elevarse su productividad.

El otro obstáculo que encuentra la elevación de la producción me lo definió una noche, en un círculo de estudios políticos, un trabajador cubano. Me dijo: "¿Sabes por qué la gente no rinde más en el trabajo? Porque esta descontenta con los dirigentes sindicales. Esta dirección tiene furioso a todo el proletariado cubano, y entonces la gente se siente a disgusto y rinde menos. No se puede hacer producir más cuando existe semejante situación". Esta opinión sobre la alta dirección sindical la escuché más de una vez en boca de trabajadores revolucionarios y fidelistas. Pero éste, problema de problemas en Cuba, requiere una explicación un poco más extensa.

LOS SINDICATOS EN CUBA

Quien pretenda pintar a la revolución cubana como una unidad monolítica sin fallas, sin contrastes internos, sólo puede ser un ingenuo o un falsificador, interesado en ocultar el rico proceso interno de la revolución.

La revolución se desarrolla a través de la contradicción, y no sólo a través de la contradicción con el enemigo imperialista, sino entre las propias fuerzas y tendencias que la componen. De esa dinámica interior, y no de la cabeza de dos o tres jefes, sale la vida real, la línea práctica, el camino efectivo que sigue.

Uno de los terrenos donde más vivamente se expresan esas contradicciones son los sindicatos. Basta vivir un tiempo en Cuba, participar en la actividad de la revolución, convivir cotidianamente con el pueblo cubano, para comprobar que existe un dirigente, hasta hoy parte de la dirección cubana como hasta ayer lo fue Escalante, que goza de la unánime oposición de los trabajadores cubanos: es, nada menos, el secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTC-R), Lázaro Peña.

Esto no es un secreto o un rumor entre iniciados, es una opinión que corre las calles de La Habana y de toda Cuba, y que sale a flor de discusión a los pocos minutos de iniciada cualquier conversación sobre la situación sindical. Un obrero me decía que Lázaro Peña era el artífice de la más completa unidad del proletariado cubano: la unidad contra él.

En realidad, el secretario general de la CTC-R está pagando culpas propias y ajenas, pues sobre su cabeza se concentra el descontento de gran parte de los obreros con el estado de los sindicatos en Cuba.

El secretario general de la CTC-R fue electo en el último congreso de la central obrera, realizado en 1961. Se lo eligió con el sistema de la candidatura única, es decir, que ningún adversario podía competir con él en la elección. Su designación fue mucho más una decisión de arriba que una elección de abajo. Los trabajadores, que apoyan y defienden hasta la muerte a la revolución, no opusieron resistencia organizada al sistema, pues

El Topo Blindado

hay una preocupación que guía cada paso y cada iniciativa de los obreros cubanos: no causar daño a la revolución, retenerse o esperar cuando creen que alguna protesta, por justificada que sea, puede perjudicar a la revolución. Por supuesto, este estado de espíritu puede ser explotado algunas veces por quienes están interesados en imponer sus decisiones le gusten o no le gusten a la base. Pero también esa actitud tiene sus límites: y cuando la gente ve que más daño se causa a la revolución callándose o cediendo a las presiones de quienes quieren silenciar las protestas por interés personal, entonces habla y alza la voz y dice lo que tiene que decir.

Era muy difícil que Lázaro Peña contara con el apoyo obrero, pues su historia como dirigente sindical en Cuba tiene muchos pasajes que hoy no se pueden recordar. Por ejemplo, fue dirigente de la CTC desde 1939, en la época de la alianza de su partido, el PSP (Partido Comunista cubano) con Batista, y desde allí frenó o desarmó huelga tras huelga en nombre de esa alianza y en nombre del triunfo de la causa de las "democracias" en la segunda guerra mundial, por el cual en Cuba "no había que hacer huelga". Eso lo recuerda vívidamente cualquier trabajador cubano de 40 años, así como recuerdan —o conservan— las fotografías de periódicos donde en una misma tribuna aparecían Batista y el hoy secretario general de la CTC-R.

(Todo esto lo he escuchado innumerables veces: y, valga el paréntesis, es bueno hacer constar para lo sucesivo que nunca en Cuba he sostenido una conversación política con un contrarrevolucionario, primero porque carecen absolutamente de interés —basta leer la prensa norteamericana sobre Cuba— y segundo por una elemental razón de higiene personal).

Pero, aunque los pueblos tienen una memoria mucho más larga y segura de lo que los imbéciles suelen creer, no es ése el principal motivo de la oposición actual a Lázaro Peña. La razón central no es su actuación pasada, sino su función presente. Entonces el recuerdo del pasado sirve para reforzar las opiniones del presente; si no, nadie tendría interés en acordarse.

En Cuba hay 25 sindicatos nacionales, uno por sector industrial. Entre los mayores figuran el azucarero, el textil, el ferroviario, el gastronómico, el de la construcción. Cada sindicato tiene una dirección nacional, una dirección provincial y una dirección por empresa o centro de trabajo. La organización

sindical al nivel del centro de trabajo se llama sección sindical. La sección sindical corresponde a lo que en otras partes sería la comisión interna o el sindicato de fábrica.

¿Cuál es la función de los sindicatos en un Estado proletario como Cuba, donde las empresas están nacionalizadas y no hay patronos ni ganancia privada?

Según lo planteado por Lenin en la época del establecimiento de la Nueva Política Económica en la Unión Soviética, en 1921, los sindicatos son organismos de los trabajadores encargados de defender sus intereses económicos particulares frente a la propia administración estatal. En su famosa polémica con Trotsky sobre los sindicatos, que fue el prelude al establecimiento de la NEP, Lenin sostenía que, aun estando el Estado en manos de los trabajadores, era un Estado obrero con un gran peso campesino y con deformaciones burocráticas. Y que en consecuencia, los sindicatos podían verse en la necesidad de enfrentar a los funcionarios de su propio Estado en nombre de los intereses económicos de los trabajadores, y en caso imprescindible aún de hacer huelgas.

Lenin establecía una diferencia fundamental con los sindicatos en el régimen capitalista. Su tesis era que, mientras en éste los sindicatos, al luchar por las reivindicaciones económicas, entran en conflicto con el régimen de la propiedad privada y tienden, si dirigidos revolucionariamente, a cumplir una función de ruptura del sistema, cuidándose poco de si sus reivindicaciones y la forma de lucha por ellas perjudican o no al Estado capitalista, que es un aparato ajeno y hostil en el Estado de transición al socialismo, como existe hoy en Cuba y en los demás países socialistas, los sindicatos que actúan dentro del régimen estatal, no tienden a ser revolucionarios sino "reformistas" con respecto a su propio Estado, y aun planteando las reivindicaciones económicas de los trabajadores, toman siempre en consideración el interés general del Estado proletario.

Esta concepción suponía, tal como había sido formulada, la existencia de una rica dialéctica interior, de un libre juego de lo que Mao Tse-tung llamaría posteriormente "las contradicciones no antagónicas".

La otra concepción, que data de la época de Stalin, considera que los sindicatos son organismos destinados a llevar a los trabajadores las orientaciones de la dirección estatal, a organizar

El Topo Blindado

el trabajo para la producción, a organizar la emulación y vigilar el rendimiento de los trabajadores y a resolver litigios muy secundarios como especie de árbitros entre la administración y los trabajadores, defendiendo sobre todo el punto de vista de la administración que es identificado con el de la colectividad. En cualquier caso, esta concepción sostiene que no hay ningún antagonismo entre el Estado y los obreros, puesto que son éstos los que están en el poder, y que el sindicato debe funcionar en estrecho contacto y completa unanimidad con la administración de cada centro de trabajo, para el mejor rendimiento de la producción.

En la práctica, en Cuba es esta segunda concepción la que se aplica oficialmente —aunque con cierta elasticidad— y de allí deriva toda la situación sindical.

Los sindicatos, entonces, sirven para transmitir a la base las orientaciones de la dirección y para convencer a los trabajadores de que no deben plantear tales y cuales problemas. De aquella concepción expuesta por Lenin, en la cual el sindicato actuaba en nombre de los trabajadores, a ésta, en la cual el sindicato es un representante de la administración ante los trabajadores, va un largo trecho. La función asignada al sindicato explica entonces el sistema de elección de los dirigentes.

Lo más curioso de todo es que, contra lo que superficialmente pudiera imaginarse, no es esta segunda concepción la que sirve para aumentar la producción (aunque resulte más "tranquila" para los dirigentes del Estado). Pues los trabajadores, al no sentirse representados por sus organizaciones, al no tener una vía organizada para expresar su descontento con tal o cual situación que consideran injusta o errónea, tienden insensiblemente a reducir su rendimiento en el trabajo, a sentirse a disgusto. Y es esto lo que resumía gráficamente el obrero cubano que me decía que para elevar la producción había que cambiar la dirección sindical.

Los dirigentes sindicales cubanos, a fuerza de actuar como los que llevan a los obreros la orientación de arriba, como los que dejan de lado sus opiniones para aceptar sin discusión todo lo que diga la dirección del Estado, como los encargados de hacer trabajar más a los obreros (cuando ésa es tarea de la administración y de los propios obreros), han perdido autoridad ante la base, porque la base siente que esos dirigentes no dependen de ella, sino del Estado. Y en consecuencia, los trabajadores

responden a los llamados de los dirigentes de la revolución —Fidel Castro, el Che Guevara— pero no responden a los llamados de los dirigentes sindicales. Esto lo sabe, lo vive y lo experimenta cualquiera que viva en Cuba y con el pueblo cubano unas pocas semanas. (Por supuesto, no lo saben ni lo entienden los turistas de la revolución, que vienen a pasar semanas o meses en hoteles de lujo y a quienes el pueblo revolucionario de Cuba mira con desconfianza y reserva.)

¿Cómo se llegó a este funcionamiento de los sindicatos en Cuba? Ninguna revolución avanza en línea recta, y no fue el caso Escalante la única contradicción de la revolución cubana. Cuando se eligió en Cuba la actual dirección sindical, era la época en la cual era regla lo que posteriormente Guevara y otros dirigentes de la revolución han llamado "el trasplante mecánico de las experiencias de otros países socialistas". En las elecciones sindicales se estableció, en nombre de la "unidad", el sistema de candidatura única. Este sistema venía avalado con la autoridad de la dirección de la revolución y así pasó.

Pero en la práctica, los dirigentes elegidos de ese modo no se sentían dependientes de la base, sino de arriba (es decir, de a quien efectivamente debían su cargo). El Estado, y su representación en las empresas, la administración, tienden natural y lógicamente, por la fuerza de las cosas, a tratar de imponer sus puntos de vista en cada problema. Y los dirigentes sindicales, en lugar de discutir en nombre de los trabajadores cuando estos disientan con ese punto de vista, al contrario se convertían en los encargados de hacer presión sobre los trabajadores para convencerlos.

De allí surgió un estado de crisis permanente en el funcionamiento de las secciones sindicales, que en gran cantidad de casos cumplían y cumplen simples tareas administrativas.

He asistido a más de una asamblea sindical en Cuba, y lo primero que golpea la vista es la distribución de la asamblea. De un lado, los trabajadores. De otro, en la presidencia, el administrador, el dirigente de la sección sindical, el responsable del personal, en fin, el personal dirigente. Recuerdo una asamblea en una pequeña fábrica textil: había escasamente metro y medio entre la presidencia y los trabajadores, pero ese espacio parecía estar cubierto por un muro transparente. Y sin embargo, ese administrador y ese dirigente sindical, por un lado, esos

El Tope Blindado

obreros, con el que, tenían algo decisivo en común, algo que jamás tendrían en una empresa capitalista: todos estaban de acuerdo con la revolución y la defendían. Pero en ese momento preciso, y para hacer caer el muro, el lugar del dirigente sindical tenía que estar del otro lado. Eso saltaba a la vista. Tanto era así, que en el momento en que se planteó una discusión sobre el trabajo entre un representante de la administración y algunos obreros, el dirigente sindical quedó como una figura decorativa, silencioso y ausente.

No siempre es éste el caso. Sea como fuere, el dirigente sindical, particularmente el que trabaja en la fábrica, sufre también una presión permanente de la base, sea en forma de exigencias y críticas, sea en forma de una indiferencia glacial ante sus llamados y convocatorias a asambleas. Y por otro lado sufre la presión de lo que se le ha inculcado sobre su misión: que él tiene que convencer a la base, no hacerse el trasmisor de sus opiniones o protestas. En este dilema, más de uno reacciona llevando la voz de la base ante la dirección del sindicato o ante la administración.

A mediados de setiembre pasado, fue Lázaro Peña personalmente a una asamblea general de obreros de la construcción, del sector de equipos pesados (tractores, grúas, martillos neumáticos, bulldozers, etc.). Fue a pedir que la asamblea aprobara lo siguiente: que cuando se rompe el equipo en el cual opera un trabajador, éste pase a realizar trabajo de otra categoría inferior, con el salario de esta última categoría, hasta que el equipo estuviera reparado, en lugar de seguir cobrando, como hasta ahora, el salario de su categoría. Esto ya había sido planteado por Fidel Castro, pero los trabajadores no estaban de acuerdo, pues con el desgaste de los equipos y la falta de repuestos, la rotura de una máquina podía significar una disminución considerable en sus entradas. Los dirigentes sindicales de ese sector no se animaron a enfrentar directamente a la base con esa exigencia. Tuvo que ir el secretario general de la CTC-R. En la asamblea estalló un escándalo. Un trabajador le dijo que cuando él dejara su automóvil y fuera a trabajar junto a ellos, entonces aceptarían la propuesta que llevaba. Otro le recordó su anterior colaboración con Batista. Otros lo acusaron de privilegiado. La asamblea fue suspendida en la mayor confusión. La prensa denunció el hecho, primero, como obra de "contrarrevolucionarios", días después, como obra de "confusionistas". En asambleas

posteriores, mejor preparadas por las direcciones pero mucho menos concurridas por los trabajadores, fue aceptada la proposición llevada por Lázaro Peña.

La acusación de que los incidentes habían sido organizados por la "contrarrevolución" era tan insostenible, que tuvo que ser abandonada veinticuatro horas después. Esos mismos trabajadores que habían intervenido en la asamblea, son milicianos y algunos hasta miembros del PURS, y están dispuestos a tomar el fusil en cualquier momento para defender a la revolución y al gobierno de Fidel Castro, y a hacerse matar si es necesario. Era absurdo que alguien sostuviera que la contrarrevolución, aislada y desmoralizada en Cuba, puede tener influencia nada menos que sobre los obreros de la construcción. Eso es echar arena a los ojos y cerrar el camino a toda explicación verdadera y, por consiguiente, a toda solución verdadera.

El choque entre la dirección de la CTC-R y los obreros de la construcción no fue inesperado para nadie que observara objetivamente lo que venía ocurriendo en la vida sindical. Sacó a luz, como lo venían haciendo los comentarios y decenas de incidentes menores, un estado de malestar con la dirección sindical, un deseo de cambio de los trabajadores. Si ese sentimiento parece concentrarse sobre un hombre, no es por un "culto de la personalidad" al revés, sino porque la forma en que funcionan los sindicatos, la concepción que se aplica, impide una forma de expresión más depurada. Y también porque los trabajadores quieren mostrar de un modo u otro que hacen una distinción neta entre los dirigentes de la revolución, los hombres de la Sierra Maestra, el equipo encabezado por Fidel Castro, y los que, aun colaborando hoy con ellos en el gobierno, tienen un pasado muy diferente y reflejan, en los actos y en la vida presente, una larga formación adquirida en aquel pasado.

Incidentes y situaciones como ésta, cuando llegan a plantearse al abierto, son un signo precursor de próximos cambios en el curso de la revolución. Es ridículo afirmar, como lo hacen los adversarios de la revolución, que los sindicatos cubanos no existen o que son simples órganos administrativos. Si así fuera, los obreros los abandonarían a su suerte y buscarían otros caminos. En cambio, estas contradicciones indican una voluntad de cambio que busca un modo de manifestarse. Y el cambio no es contra el curso actual de la revolución, sino para remover los obstáculos que las tendencias conservadoras oponen a ese curso.

El Topo Blindado

Los obreros cubanos nunca han aceptado la teoría de la identidad entre los sindicatos y el Estado, aunque el Estado sea el suyo propio.

La dialéctica interior de la vida sindical es uno de los procesos más vivos, más intensos y donde se preparan mayores hechos nuevos en toda la vida de la Cuba de hoy. Esa dialéctica tiene su reflejo también en el propio equipo dirigente. Lo tendrá, a no muy largo plazo, en una nueva relación entre los sindicatos y el Estado cubano. Y esa relación, lejos de confirmar los anuncios agoreros de los que por el interés personal de conservar sus posiciones quieren congelar la revolución, no debilitará al Estado revolucionario ni dará alientos a sus enemigos, sino que servirá para consolidar en sus verdaderas raíces populares la solidez flexible y viviente de la revolución cubana y para enriquecer su vida interior y su influencia exterior.

LA SEGUNDA REFORMA AGRARIA

La revolución cubana tiene también su pequeña Vendée. Por un tiempo trató de hacerse fuerte en las sierras del Escambray. A pesar de las armas que les arrojaban con paracaídas aviones norteamericanos, las reducidas bandas contrarrevolucionarias no pudieron sostenerse y fueron aniquiladas. Las armas norteamericanas fueron tomadas por las milicias, y hoy en Cuba puede verse más de un miliciano que lleva con un orgullo especial una pistola recientemente "made in USA".

Pero la Vendée cubana no tiene sólo un origen exterior, sino también interno. Las fuerzas de la contrarrevolución en las ciudades están totalmente debilitadas, por un lado por los golpes recibidos, por el otro por el éxodo a los Estados Unidos (el gobierno cubano ha dejado partir a los que han querido irse), y además por la presión y la vigilancia popular que las precipitan en un proceso constante de desmoralización.

Aislada y disgregada en la ciudad, la contrarrevolución ha encontrado, como era de esperar, un refugio en el campo. (A parte de la contrarrevolución indirecta escondida en los sectores de funcionarios bien pagados, carreristas y buscadores de privilegios que también existen en Cuba. Pero esta forma de contrarrevolución, la más insidiosa porque se cubre con una fraseología que aparenta ser revolucionaria, es otra historia, digna de ser contada aparte.)

El refugio campesino de la contrarrevolución fueron los sectores de agricultores ricos que quedaron en pie luego de la reforma agraria. Esta, como se recordará, nacionalizó todas las tierras hasta la extensión de 30 caballerías (unas 400 Ha.). Los agricultores que poseen hasta cinco caballerías (67 Ha.) son considerados pequeños agricultores y están agrupados en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, a través de la cual obtienen los créditos y regulan sus relaciones con el Estado. Los de 5 a 30 caballerías entraban en la categoría de agricultores medianos o ricos.

Estos últimos, que pasaban de 6.000, eran propietarios que vivían en la ciudad y hacían trabajar sus tierras, o eran campe-

El Topo Blindado

Los medios económicos —anteriores y presentes— tenían una cierta influencia entre los campesinos pobres de la zona, una especie de "clientela". Al mismo tiempo, su situación económica y social los colocaba en su inmensa mayoría contra la revolución, que les cerraba el camino para desarrollarse como burguesía agraria y ampliar la extensión de sus tierras.

En un país en el cual la estructura industrial hubiese sido más sólida y predominante que en Cuba, habría sido más fácil, quizá, encuadrar a esta categoría de campesinos y, si no hacerla favorable al régimen socialista, por lo menos neutralizarla, pues el peso de la industria habría disminuido su influencia relativa y al mismo tiempo les habría dado artículos de consumo inmediato y semiduradero en abundancia tanto a ellos como a los pequeños agricultores, atrayendo más fuertemente a éstos bajo la influencia de la ciudad y debilitando por ende las posibilidades de influencia de los campesinos ricos en el medio rural. Pero en las condiciones cubanas, la hostilidad natural del campesino rico —impedido de enriquecerse y progresar como propietario— hacia el socialismo, tenía que volverse enemistad. Y era natural también que tratara de arrastrar tras de sí a capas de campesinos medianos y aun pequeños, disgustados por las dificultades de la revolución; pues mientras el obrero de la ciudad las comprende y sobrelleva porque ve al socialismo como su porvenir, el campesino no ve la sociedad y el futuro más allá de los límites de su pedazo de tierra.

Los campesinos ricos se convirtieron así en un refugio para las actividades de la contrarrevolución, alentadas y estimuladas además desde el exterior.

Por otro lado, existe la tendencia a crear un mercado negro. Los precios de los productos del campo para consumo en la ciudad son fijos. El Estado los adquiere a los campesinos (y a las granjas del pueblo) a través de los organismos de acopio del INRA y los vende a través de la red de distribución del Ministerio de Comercio Interior.

Los campesinos no pueden ir a competir y a crear un mercado en la ciudad. Pero están autorizados a vender sus productos en el lugar, o saliendo a la carretera. Al mismo tiempo, ningún automóvil puede entrar a la ciudad con más de 25 libras de productos del campo. Todas estas medidas consiguen frenar el mercado negro, pero no llegan a impedirlo. Por muchas redes

invisibles, el campesino, especialmente el que dispone de recursos, se las ingenia para vender parte de su producción a quien tiene dinero para pagarle. Y quienes tienen ese dinero son, o bien restos de la vieja burguesía, o bien funcionarios con sueldos elevados y auto para ir a adquirir los productos al campo. Es decir, que la especulación tiene dos cabezas, el que vende y el que compra. Y la especulación ejercita una permanente presión sobre los precios, a pesar de que el aparato de distribución estatal ha conseguido mantener en todo momento el abastecimiento normal y suficiente de la población dentro de los límites de las cuotas fijadas.

El gobierno cubano acaba de tomar una medida drástica para contrarrestar estos problemas, nacionalizando todas las propiedades mayores de cinco caballerías. Con esta medida, las tierras del Estado, que eran aproximadamente un 40 por ciento del total, pasan a ser, según estimación de Carlos Rafael Rodríguez, cerca del 70 por ciento, y se elimina toda una categoría social hostil a la revolución. Esta medida va acompañada de planes de reorganización de las granjas del pueblo, reajustando su extensión (en algunos casos muy grande) o reagrupando diferentes unidades conforme a la planificación física y a las necesidades de la producción.

Al mismo tiempo, en el último Congreso de la ANAP, Fidel Castro garantizó a los pequeños agricultores la propiedad de sus tierras por todo el tiempo que quisieran seguir como agricultores privados, sin asociarse en cooperativas u otra forma de agrupación colectiva.

Esta es la llamada "segunda reforma agraria" que, conforme a las declaraciones del gobierno, establece el marco definitivo de la propiedad de la tierra en Cuba, terminando con una situación de incertidumbre que llevaba a muchos campesinos a no incrementar la producción ni introducir mejoras en sus tierras, temerosos de una eventual expropiación.

En las ciudades, la reacción popular ante esa medida fue sumamente favorable: no sólo se la aprobaba, sino que era corriente oír el comentario de que debía de haber sido tomada tiempo antes.

En cuanto al campesino pequeño, el gobierno revolucionario ha seguido una permanente política dirigida a mantenerlo como aliado. Aun en esta categoría, no en todos los casos ha dado re-

El Topo Blindado

El campesino ve primero su pedazo de tierra, después el país y la revolución.

Sin embargo, la mayor parte apoya a la revolución. La obra realizada en el campo es demasiado grande, como para compensar, en las cuentas del campesino, la escasez y las dificultades en otros aspectos.

En primer lugar, la alfabetización afirmó a la gran mayoría del campesinado con la revolución. Luego, en todas las zonas campesinas se han construido hospitales y escuelas, han ido maestros y médicos a lugares donde sólo el curandero atendía a los enfermos.

En la Sierra Maestra, los maestros de vanguardia enseñan en las lomas más lejanas, a donde tienen que llegar caminando tres, cuatro o cinco horas desde el lugar donde el jeep los deja porque no puede avanzar más. Allí construyen la escuela junto con los campesinos, llevan libros y cuadernos, enseñan a los chicos por la mañana y a los grandes por la tarde y se ocupan de mil problemas que desbordan sus tareas de maestros. En los mismos lugares, entran los médicos, que atienden los hospitales recién construidos en los puestos más lejanos. En toda la Sierra, se ha establecido un servicio de transporte colectivo serrano que va extendiendo su red y uniendo a la ciudad con lugares donde antes apenas si entraban los animales de carga. Decenas de miles de familias campesinas tienen hijos estudiando en la ciudad o en el ejército. En La Habana y otros centros hay más de 70.000 becados, en su mayoría hijos de campesinos, fuera de los enviados a los países socialistas.

Escuelas, hospitales, caminos, maestros, médicos y transportes, son las reivindicaciones más imperiosas, después de la tierra, de los campesinos de toda América Latina. Sin todo eso, y sin un buen sistema de acopio, de créditos y de ayuda técnica, cualquier reforma agraria se queda paralizada o convertida en una casi formalidad. Todo eso asegura en Cuba el apoyo campesino a la revolución.

Pero, hay que agregar, todo eso hubiera sido imposible sin el clima social creado por la revolución, pues sólo en esas condiciones miles de muchachos, estudiantes secundarios y universitarios, han aceptado convertirse en maestros rurales y meterse en los lugares más lejanos para enseñar a los campesinos, aceptando cualquier sacrificio; y cientos y cientos de médicos han

ido a ejercer su profesión a todos los rincones de la isla, abandonando las capitales y sus comodidades. No es el dinero ni los sueldos, sino el entusiasmo por la revolución lo que ha podido dar ese impulso: con el agregado de que esos hombres y mujeres no se sienten héroes o mártires, sino gente que cumple una tarea.

En la Sierra Maestra existen milicias campesinas. Están organizadas en compañías serranas, que son una de las organizaciones que centralizan el apoyo campesino a la revolución. Es miembro de la compañía serrana quien quiere serlo, pues rige el principio de la voluntariedad como en todas las milicias cubanas. Esto significa una selección, pues sólo quienes quieren defender el régimen revolucionario ingresan en las compañías, que son al mismo tiempo, por esa razón, un centro político del campesinado.

El otro aspecto de la cuestión, decisivo para mantener el apoyo campesino, es la política económica hacia el campo. Por un lado, los campesinos reciben créditos para su producción. Por el otro, la red de acopio tiene una importancia fundamental. Las fallas en el acopio, que han hecho perderse más de una vez cosechas sobre la tierra, han perjudicado las relaciones con el campesino. El resolverlas ha sido últimamente una de las preocupaciones centrales del INRA.

Se plantea también el problema de los precios. En realidad, hay una presión campesina invisible para lograr un aumento de precios. Esta presión se manifiesta en las ventas fuera del acopio oficial, sea en la carretera, sea en el mercado negro, y también en la restricción de la producción, o en el intercambio fuera de los canales oficiales. Este intercambio puede consistir, por ejemplo, en obtener arroz (cuya cuota resulta reducida para los hábitos del campesino cubano, acostumbrado a comer mucho arroz) a cambio de huevos u otros productos. Si los precios han podido ser mantenidos dentro de sus actuales límites, ha sido por las granjas del pueblo, que actúan como reguladores. Pero los costos más elevados de éstas también ejercen presión para lograr un aumento de precios. Muchos técnicos han sostenido desde hace tiempo la necesidad de elevar los precios para estimular una mayor producción campesina. Los recientes aumentos, a pesar de estar oficialmente destinados a compensar en parte los daños del ciclón, responden también a esa persistente presión.

El Topo Blindado

Por otro lado, como hemos dicho, el problema no reside simplemente en la cantidad de dinero que recibe el campesino sino en lo que puede comprar con él. Fuera de eso, los aumentos al campo no significan más que una redistribución relativa de los ingresos de la población, pero no un estímulo sólido a la producción.

Hoy, con el 70 por ciento de las tierras nacionalizadas, el problema del campo para Cuba se concentra en la organización de las granjas del pueblo, en la implantación de un sistema de administración que permita hacer participar a cada campesino en la dirección de la granja, en elevar la productividad de las tierras del Estado, haciendo que estas produzcan más y más barato que las tierras de los agricultores privados. Este último objetivo aun está por alcanzarse, y ha sido planteado como primera prioridad en el campo.

Pero no hay que olvidar que los centros vitales de la revolución cubana, en esta etapa, están en la ciudad, y particularmente en la industria. Allí tendrá que basarse la elevación general de la organización económica y social del país que de un marco sólido a la organización de la agricultura nacionalizada y haga de modo que los porcentajes actuales se inviertan, y que el porcentaje de la producción proveniente de las granjas del pueblo con relación a la producción total, sea finalmente mayor que el porcentaje que dichas tierras ocupan en la extensión total. Que es la forma de consolidar el sistema socialista en el campo y de incorporar a él, paulatinamente, por la fuerza del ejemplo y de los resultados económicos, a la masa de casi 200.000 pequeños agricultores.

CAPITULO V

DOS TENDENCIAS EN LA REVOLUCION CUBANA

Es insondable la incomprensión de la prensa internacional sobre el desarrollo interior de la revolución cubana. Encerrada en sus esquemas, fue tomada de sorpresa por su conversión en revolución socialista, y a juzgar por lo que se escribe ahora sobre Cuba, seguirá siendo tomada de sorpresa por evoluciones futuras.

Los comentaristas han llegado a aceptar que en Moscú hay tendencias, que Khrushchev tiene que componer y maniobrar entre ellas; están habituados a investigar las diversas tendencias en los gobiernos de los países capitalistas; han llegado hasta a reconocer el juego o el reflejo de diversas fuerzas e influencias sociales en las contradicciones de opiniones que existen en los equipos dirigentes.

En cuanto a Cuba, la mayoría no parece haber salido de un viejo esquema cuya relación con la realidad es ya bastante lejana: dividir a la dirección de la revolución cubana entre fidelistas y comunistas, y buscar desesperadamente, en los episodios inocultables de divergencias de opinión, dónde está la línea de los "comunistas" (entendiendo por esto a los antiguos miembros del Partido Socialista Popular) y dónde la de los "no-comunistas" (entendiendo por esto al viejo equipo de la Sierra).

Esto, sin contar a los idiotas-por-conveniencia (categoría que no tiene nada que ver con lo que la reacción llama "idiotas útiles") que ven una unidad absoluta y sin fallas en toda la dirección y creen que en Cuba todo lo decide Fidel Castro según las iluminaciones que vienen a su cabeza.

Pero unos y otros, en sus respectivos esquemas, no salen en absoluto de un esquema más general e infranqueable: buscar la razón de las decisiones y tomas de posición de la dirección cubana, sea en la voluntad de Fidel Castro, sea en la lucha entre "fidelistas" y "comunistas", sea en la influencia de Khrushchev o Mao, o sea en cualquier otra persona o ente colocado en las alturas. Pero jamás, jamás, en lo que ocurre abajo, en el proceso

El Topo Blindado

vivo, real, hirviente, bullente del pueblo cubano, en sus opiniones y presiones, en sus movimientos y acciones, en sus decisiones colectivas. Para unos y para otros, la palabra "masas" tiene una acepción peyorativa y las "masas" son las que apoyan las ideas de tal o cual líder, pero nunca las que le imponen a tal o cual líder, la obligación de sostener esas ideas.

Ahora bien, exactamente esto último es lo que sucede, con una transparencia celeste, en Cuba.

Es singular que esa misma prensa haya visto en la expulsión de Anibal Escalante una iniciativa exclusiva e independiente de Fidel Castro, una vez que "supo lo que ocurría." Sin embargo, el mismo Fidel declaró pocas semanas después, públicamente, que hacía meses que las masas estaban viendo lo que pasaba y que "si no tomábamos esta medida ahora, dentro de poco nos arrastraban a todos" ("arrastrar" es una expresión cubana que data del tiempo de la caída de Machado, cuando los individuos más odiados del régimen no sólo fueron apresados por el pueblo sino que fueron arrastrados por las calles). Si en lo de "arrastrar" hay una exageración polémica, no hay duda en cambio de que en ese momento existía una enorme presión de abajo en Cuba contra los abusos y las arbitrariedades de todo el equipo representado por Anibal Escalante.

No hay otro proceso que permita explicar el desarrollo a saltos de la revolución cubana. Creer en el esquema de las decisiones tomadas exclusivamente en las alturas, a través de un misterioso don de "comunicación con las masas", es como aceptar el Génesis como la explicación científica de la "creación" del mundo.

Esto no significa negar, disolver, diluir el papel que desempeñan los dirigentes, sino explicar por qué y cómo pueden desempeñarlo, cuáles son las fuerzas en que se apoyan, cuáles son las presiones que los impulsan y les permiten actuar con mayor o menor rapidez, decisión, firmeza. Es cierto, por lo demás, que estas presiones se expresan y se manifiestan a través de dirigentes que les son afines; por eso, mientras algunos, en la misma Cuba, en cada decisión tienden a orientarse en el sentido en que viene la presión de abajo, otros tienden a ceder en el sentido en que se manifiesta la presión del imperialismo (que es real, existe, y no sólo a través de la flota que bloquea Cuba sino por diez mil canales ocultos en el juego de las fuerzas sociales en

Cuba y fuera de Cuba), y otros reaccionan invariablemente en el sentido en que se dirige la presión o la opinión de la dirección de la Unión Soviética. (En épocas de pactos nucleares mundiales, dicho sea de paso, estas dos últimas presiones hacen más de una alianza y de un frente común en Cuba; por ejemplo, para lograr la firma de Fidel Castro al pie del pacto).

Todo este juego interior de fuerzas resulta oscurecido en Cuba, para el observador acostumbrado a buscar en cada diario la representación de cada corriente de opinión, por el hecho de que la prensa cubana es pavorosamente igual: tiene ocho páginas por periódico, dedica seis a deportes, espectáculos y actividades corrientes de producción o de organizaciones, una a la información internacional y una —o menos— a comentarios o noticias propias, que varían ligeramente entre un diario y otro, pero donde sólo el ojo habituado puede distinguir los matices y las diferencias.

La prensa cubana es una calamidad nacional que causa más daños que el ciclón Flora. Más que un medio informativo, es una barrera defensiva contra la presión de abajo, un medio informativo que se permite discutir sobre crítica de arte o de cine, pero jamás disenter o criticar o proponer alteraciones en tal o cual decisión del gobierno. Esto es una evidente deformación de los principios socialistas, como lo es la existencia de una oficina, la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR), que controla toda la prensa y todas las ediciones y publicaciones, de modo que en Cuba no se puede imprimir sino lo que la COR autoriza. A esto hay que agregar que tampoco hay hasta ahora cuerpos electivos con delegados o diputados de la población trabajadora, como fueron los soviets en la revolución rusa, que permitan la expresión directa y organizada de lo que piensan los distintos sectores y corrientes de esa población sobre cada problema importante.

Y esto ya no tiene que ver nada con los principios clásicos de lo que se llama "dictadura del proletariado" (si los dirigentes cubanos quieren atenerse, al declararse leninistas, a lo que Lenin expuso en "El Estado y la revolución") sino con la sustitución de la opinión del proletariado por la de quienes dirigen y controlan los medios de difusión.

Pero también deben estar claras dos cosas:

Una, que hace mucho que el grado de democracia real existente en un país ha dejado de medirse —para personas mediana-

El Topo Blindado

mente inteligentes— por la prensa simplemente, sino por el conjunto de la vida social y por el poder real de la mayoría de la población sobre la producción, sobre el Estado y sobre sus cuerpos armados. Y en ese sentido, real y concreto, no hay país hoy donde haya mayor democracia que en Cuba.

Otra, que aunque la prensa, la radio y la televisión endosen un uniforme a veces ni siquiera vistoso o combatiente, la vida real, la política real, existente en Cuba como en todas partes, se expresa en la diversidad de opiniones reales, y no ya sólo entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, sino especialmente en el mismo campo de la revolución y en la misma dirección de la revolución.

No podría ser de otro modo, pues de lo contrario la revolución estaría muerta y pronta para ser enviada al museo.

En los capítulos anteriores están expuestas algunas de las principales cuestiones donde esas opiniones se manifiestan, en lo que podríamos llamar la política interior cubana. Pero esa derecha y esa izquierda —y por ende ese centro— que no osan decir su nombre, se expresan con considerable coherencia en todos los terrenos, tanto en la política nacional como en la internacional, pues es imposible ubicarse en un extremo en algunas cuestiones fundamentales y en el otro en las otras. Por lo demás, esa coherencia les viene del fondo social.

La situación de la revolución cubana no es sencilla. Bloqueada en el Caribe, con los pueblos a favor pero con los gobiernos en contra, bajo la presión de un aliado como la URSS cuya política no comparte en diversos aspectos, en medio de las divergencias chino-soviéticas, sostenida por otros aliados que lo son primero de Khrushchev que de la dirección cubana (¿o fueron vanas ocurrencias sin destinatario los discursos de Fidel Castro en el Congreso de Mujeres de Cuba en enero y en el aniversario del 26 de Julio?), la isla es un ejemplo de resistencia y heroísmo cuya dura profundidad no es fácil medir hasta el fondo, porque ni enemigos ni aliados han aprendido a penetrar hasta sus últimos y profundísimos estratos la decisión del pueblo cubano de no volver atrás y de no ceder, ni a las amenazas ni a las presiones.

Toda el alma colectiva del pueblo cubano, viviendo en medio de él, se la siente tendida hacia un fin: llevar adelante su revolución. Es algo que se toca con las manos. Esa tensión se

manifiesta en la política. Cuba es una pequeña isla. Y el pueblo cubano entiende, y lo dice en cada uno de sus actos, que si ha podido sostenerse hasta ahora, es porque ha tenido apoyo en el mundo. Y que si tiene un camino para resolver sus problemas, no es encerrado en su isla, sino extendiendo sus aliados, ante todo en América Latina. Por eso los cubanos viven como cosa propia, por ejemplo, las alternativas de la revolución venezolana.

Pero no es sólo Venezuela. El pueblo cubano vive pendiente de lo que ocurre en el mundo, pero sobre todo en América Latina. A través de la información mala, deficiente o deformada que recibe (porque la contrarrevolución no sólo se presenta vestida de "marine" enemigo, sino también de comentarista o político "amigo" que considera al pueblo "no maduro" para conocer tal o cual noticia que a él o a sus mandantes no les interesa o conviene difundir), el pueblo cubano sigue apasionadamente el desarrollo de la revolución en América Latina. Tiene una convicción que la puede ver cualquiera que visite la isla: no hay salida duradera para Cuba, fuera de la extensión de la revolución en el continente.

Esa convicción es una presión gigantesca en toda la isla. Es una insensatez creer que el gobierno cubano puede actuar independientemente de esa opinión (en caso de que quisiera hacerlo).

No se puede medir lo que ocurre en Cuba ni juzgar el juego interno de las presiones sociales, por lo que sucede en un país capitalista. En éste, hay un más o menos complicado sistema de amortiguadores, entre los cuales el parlamento, todo el aparato administrativo estatal, los partidos políticos ligados a tales o cuales intereses; un más o menos sólido sistema de defensas, entre las cuales los cuerpos armados (ejército y policía) y las leyes en que se asientan; y un más o menos sutil sistema de diversivos, entre los cuales la perspectiva de hacerse una casita, de comprarse un automóvil, de arreglárselas por los propios medios aunque el mundo se hunda, todo esto espoleado por la propaganda comercial, por la prensa, por todo un sistema, en fin, de estimulantes y estupefacientes de todos colores.

En Cuba se acabó. Hay sólo la sensación, la convicción colectiva de que para salvarse, hay que salvarse todos juntos; de que para vivir mejor, hay que vivir mejor todos juntos, pues no hay otra manera. Pues mientras el funcionamiento social en

El Topo Blindado

los otros países alienta las tendencias a arreglárselas por sí mismo, el funcionamiento social en Cuba las combate espontáneamente, por su misma lógica interior.

Entonces ¿quién, por qué y cómo va a resistir la presión social que exige por mil manifestaciones diferentes pero unánimes, encaminar la revolución por tal vía y no por tal otra?

La dirección cubana, aunque creyera lo contrario, no podría oponerse frontalmente ni tendría los medios para hacerlo. Se da el caso, además, de que en general no cree lo contrario. Es cierto, una dirección, un gobierno dispuesto a enfrentar abiertamente esa presión, se busca los medios para hacerlo: divide a la población con privilegios económicos para unos, crea un sector con sueldos elevados e intocables, respeta a los sectores que expresan tendencias de conservación social, sean éstos altos funcionarios, comerciantes o campesinos con grandes extensiones. En general, un gobierno de ese tipo no sólo crea esos medios sino que es ante todo producto de ellos.

Es claro que tiene relación directa con esto la polémica sobre los estímulos materiales y los estímulos morales, como alternativa de política salarial y económica.

Las medidas y la política aplicadas en Cuba van precisamente en todo el último tiempo en sentido contrario a los sectores socialmente más conservadores y, en consecuencia, las corrientes y tendencias que buscan apoyo en ellos van perdiendo base de sostén interior.

¿Existen? Sin duda, ya que Cuba no está sola en el mundo. Pero cada vez más, esas tendencias tienen que representar un apoyo exterior, que a su vez encuentra un reflejo interno en hombres y sectores afines.

Por eso, cuando en el exterior se hacen conjeturas sobre la posición de Fidel Castro entre Mao y Khrushchev, haciendo malabarismos con cuestiones de ayuda económica y sentimiento revolucionario, sin tomar en cuenta la presión y la posición de fondo del pueblo cubano, no hay más remedio que tomarlas un poco en broma.

En la política internacional, la diferencia entre las tendencias fundamentales se manifiesta en torno a la revolución latinoamericana. No hace mucho, Ernesto Che Guevara declaró a "El Mujahid", órgano del FLN argelino, que la revolución la-

tinoamericana es su "tema favorito". Dentro de la dirección cubana, el Ministro de Industrias representa sin lugar a dudas la posición que se orienta francamente a "expandir la influencia de la revolución", como dijo en el reciente Encuentro Internacional de Estudiantes de Arquitectura en La Habana.

Pero esta orientación no puede menos que entrar en colisión con las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética que, dentro de los términos del pacto nuclear con Estados Unidos, no tiene interés en una alteración del statu quo en América Latina que provocaría una reacción norteamericana tan violenta como la de octubre de 1962 y pondría en cuestión toda la perspectiva de la coexistencia pacífica y de la construcción del comunismo en veinte años a través de la competencia económica con Occidente.

Esta línea de la dirección soviética tiene, como los tuvo siempre, sus representantes en Cuba. Que además son los mismos, pero con el agregado de diversas capas con un nivel de vida superior al promedio y que quieren una vida tranquila.

La divergencia chino-soviética no es anterior ni posterior a esta situación, sino que es paralela. Por eso la posición cubana, afín a los chinos en diversas cuestiones, no surge de una decisión programática de Fidel Castro, sino, por una parte, de una situación de hecho de la revolución cubana y por la otra, de una presión interior irreversible e incontenible —porque no hay con qué contenerla— del pueblo cubano.

Sin embargo, la discusión entre el PC de China y el PC de la Unión Soviética ha introducido un nuevo elemento que, a pesar de las declaraciones de "neutralidad" de los cubanos, tiene cada día un peso mayor en la evolución interior de la dirección cubana y en la perspectiva futura de la revolución.

Cientos de conversaciones con soldados, obreros, campesinos, estudiantes, oficiales del ejército, empleados, en Cuba, sirven para confirmar que la simpatía por los chinos es general. De modo tal que la dirección de la revolución puede declarar, como hasta ahora, su neutralidad; pero no podría, en el supuesto caso de que quisiera hacerlo, pronunciarse contra los chinos, pues chocaría directamente con la opinión general. Y quien quisiera llegar a un choque tal, no tendría en Cuba un sector social suficientemente sólido, un aparato suficientemente independien-

El Topo Blindado

te, donde apoyarse. Porque esa es la revolución cubana vista desde abajo, y no desde las alturas.

Pero tampoco la revolución puede permanecer estática. Al contrario, cambia constantemente. Por eso, mientras el choque entre China y la Unión Soviética va ampliándose, abarcando todos los aspectos de la política de los países socialistas, va siendo cada vez más difícil para Cuba mantener el equilibrio.

Cuba necesita el comercio con la Unión Soviética. Pero para Cuba es imposible —ni la dirección lo aceptaría, a pesar de que toda una tendencia de derecha de la propia dirección lo ha propugnado abierta o veladamente— tomar el camino yugoslavo. El bloqueo y la agresión son cosa de cada día. La dependencia de la evolución de la situación latinoamericana es grandísima. La presión interior es enorme. La perspectiva de autosuficiencia económica es impensable. Los sectores interesados en “estabilizar” la revolución pierden fuerza social con las últimas medidas sobre el campo, sobre abastecimientos, sobre salarios, y con el clima social general que existe en la isla. Los efectos del ciclón, en lugar de abatir a los cubanos, tendrán el inevitable efecto de otras dificultades: aumentar el odio hacia el bloqueo, aumentar el sentimiento de que para Cuba no hay coexistencia, aumentar la convicción de que, más todavía hoy con el desastre del ciclón, para Cuba no hay salida dentro de los límites de la isla.

Las destrucciones del ciclón pueden postergar un poco, pero sólo para hacerlas más explosivas, decisiones de fondo que están ante la revolución cubana. En la economía en las inversiones en los sindicatos, en la conducción de las empresas y del país en general, en la política internacional, dos caminos fundamentales y varias alternativas secundarias que giran en torno a aquéllos, se abren ante Cuba. Del mismo modo, dos tendencias fundamentales se delinean —aunque en público no lo hagan claramente— en la misma dirección. Hemos tratado de traer a luz las fuerzas internas y externas en que se apoyan y que a su vez las impulsan. Dentro de cada una de ambas tendencias, hay matices y corrientes diversas, pero la alternativa de fondo es objetiva, como lo son las fuerzas y la realidad que la determinan.

Hemos tratado además de mostrar la interrelación que existe entre uno y otro problema, entre una y otra solución a cuestiones aparentemente diversas.

Estos son los elementos para medir, tanto en su orientación como en su ritmo, los próximos pasos de la revolución cubana. Por una necesidad ineludible, interior y externa, independiente de la voluntad de cualquier líder, esos pasos van hacia América Latina y hacia China.

Cuál paso será primero y cuál después, es imposible de predecir. A través de qué crisis interiores, también. En cambio, hacia dónde irán, sólo los ilusos o los ilusionados pueden dejar de verlo. La revolución cubana les prepara nuevas sorpresas, nuevas desilusiones y nuevos golpes, pues es sabido que quien no tiene cabeza para prever, debe tener espaldas para aguantar.

LA PLANIFICACION ECONOMICA

Paul M. Sweezy

Lo que sigue es el texto de una conferencia pronunciada ante un grupo de funcionarios del gobierno cubano en la sede del Instituto Nacional de Reforma Agraria de La Habana, el 22 de marzo de 1960. Entre los que asistieron y participaron de la discusión posterior figuraban altos funcionarios del gobierno cubano, entre los que se destacaba el entonces presidente del Banco Nacional y actual Ministro de Industrias, Comandante Ernesto Che Guevara.

He de hablar esta noche acerca de la planificación económica, tema que reviste importancia crucial para ustedes en esta etapa de la Revolución Cubana. Por desgracia no soy experto en este campo de la ciencia económica ni tengo experiencia directa dentro de él. No se trata de falsa modestia sino simplemente del deseo de decir la verdad. Mi especialidad es la economía política de las sociedades *superdesarrolladas*, no de las *subdesarrolladas*; y como ustedes saben las sociedades *superdesarrolladas*, particularmente la norteamericana, no se distinguen por sus aciertos en materia de planificación económica.

Si a despecho de esta falta de conocimiento y experiencia he aceptado la amable invitación de mis buenos amigos cubanos para hablarles sobre la planificación económica, lo he hecho sólo porque un extraño, acostumbrado a examinar los acontecimientos actuales con una amplia perspectiva histórica, puede estar en condiciones de llamar la atención sobre ciertos problemas y relaciones que ustedes, aun íntimamente involucrados en ellos, tal vez pasen por alto o descuiden indebidamente.

En primer lugar, preguntémosnos: ¿por qué preocupa tanto hoy en día a los países subdesarrollados la planificación económica? Después de todo, Europa occidental y los Estados Unidos alcanzaron un alto grado de industrialización y desarrollo sin planificación económica. ¿Por qué no puede hoy seguirse su ejemplo?

Se trata de una pregunta compleja para la cual ninguna respuesta breve puede ser totalmente satisfactoria. Pero, con toda seguridad, el quid de la cuestión reside en que el desarrollo económico de los países capitalistas avanzados fue esencialmente obra de una burguesía *industrial* emergida en forma más o menos espontánea, por un proceso que aun hoy no es bien comprendido, y que arranca de la decadencia del feudalismo en Europa occidental. Esta burguesía industrial, superando la oposición de los señores feudales, se convirtió en la clase dominante de la sociedad. Asumió el control del estado y explotó a campesinos y obreros. Mediante estos métodos adquirió los medios de acumular capital y desarrollar ulteriormente la industria.

Un proceso semejante no es posible hoy, por lo menos en una escala aproximada a la necesaria para industrializar a los países subdesarrollados de la actualidad, mucho más populosos. El motivo es que la burguesía de los países capitalistas avanzados, luego de desarrollar sus economías, establecieron por la fuerza, con las restantes naciones en subdesarrollo, un tipo de relación que impide a estas últimas el crear una burguesía industrial poderosa en lo interno, y por lo tanto no les permite seguir el camino recorrido por los países avanzados en tiempos pretéritos. Esta relación constituye el meollo del fenómeno que denominamos imperialismo.

Esto no quiere decir, por supuesto, que *no* haya burguesía en los países subdesarrollados. La hay, pero es demasiado débil para industrializar a esas naciones, y sus acumulaciones de capital tienden a fluir hacia sectores de la economía tales como el comercio, el préstamo, la especulación en mercaderías, los bienes raíces, etc. Siendo así, se desprende que la tarea de industrializar a los países subdesarrollados debe recaer en algún otro organismo distinto de la burguesía. Y, por razones perfectamente obvias, ese organismo sólo puede ser el Estado.

Es importante reconocer que este hecho plantea necesariamente el problema de la planificación económica. La burguesía operó a través de numerosas empresas económicas individuales y competitivas, ninguna de las cuales era lo suficientemente grande como para afectar en medida decisiva el ritmo de desarrollo global de la economía. En estas condiciones, nunca se le ocurrió a ninguna de ellas planificar en el sentido generalmente aceptado de la palabra. Cuando la burguesía es reemplazada por el estado, en cambio, una sola unidad asume el lugar de muchas

El Topo Blindado

como la fuerza decisiva del desarrollo global de la economía, e inevitablemente surge por sí mismo el problema de planificar la actividad de esa única unidad determinante. La planificación puede ser bien hecha o mal hecha, tener éxito o no. Lo que importa es sencillamente que la necesidad de realizar algún tipo de planificación se torna evidente.

Cabe deducir, me parece, que la planificación económica como tal tiene poco que ver con la ideología. Regímenes del más variado carácter se ven enfrentados a ella tan pronto como se lanzan a la tarea de desarrollar sus respectivas economías. Por consiguiente, en los países subdesarrollados de la actualidad, el desarrollo y la planificación están ligados como hermanos siameses. Y, en lo fundamental, los problemas de la planificación son los problemas del desarrollo.

¿Cuáles son estos problemas?

Son muchos, desde luego, y todo esbozo de clasificación corre el riesgo de incurrir en la supersimplificación. Aun admitiendo esto puede resultarnos útil, sin embargo, enumerar los siguientes aspectos, con sus correspondientes complementos:

- a) Aspectos económicos de la planificación. Aspectos políticos de la planificación.
- b) Movilización de los superávit. Inversión de los superávit.
- c) Formulación del plan. Ejecución del plan.
- d) Planificación en términos reales. Planificación en términos financieros.
- e) Planificación a corto plazo. Planificación a largo plazo.

No pretendemos establecer entre estos elementos y sus complementarios oposiciones dialécticas, ni sugerir la existencia de procesos dinámicos. El esquema obedece a razones de claridad expositiva.

Comencemos con a): *Aspectos económicos de la planificación. Aspectos políticos de la planificación.* La mayor parte de lo que tengo que decir atañe a los aspectos económicos de la planificación, pero juzgaría muy deficiente toda consideración que ignore los aspectos políticos, porque un plan no es solamente un conjunto de políticas y directivas económicas. Es también —diría

mejor que puede y debe ser— la expresión tangible de la voluntad de un pueblo de desarrollar su economía, la conjunción de sus esperanzas y ambiciones en pro de una vida mejor para ellos y para sus descendientes. En ese sentido, puede ayudar a movilizar y orientar sus energías y su entusiasmo; puede convertirse por gravitación propia en una poderosa fuerza social que impulse y promueva su propia realización. Para jugar este papel, el plan debe ser por una parte valiente e imaginativo, y por la otra realista. Si le falta valentía, no podrá levantar e inspirar al pueblo. Si carece de realismo, lo sumirá en la desilusión.

Para ilustrar la potencialidad política de un plan, mencionaría el ejemplo de China. La Revolución ha sido uno de los más grandes levantamientos de la historia, y colocó firmemente al país en camino de convertirse en una nación poderosa y altamente desarrollada. En este proceso, no cabe duda de que la promulgación de planes enormemente ambiciosos y sin embargo notablemente realistas ha sido un factor positivo de la mayor importancia. Una planificación de esta clase ayuda a mantener el ardor del pueblo mucho después de pasada la euforia de la victoria obtenida en la lucha. Como contraste tenemos el caso de la India, donde los planes han sido más bien modestos, no han previsto transformaciones profundas y, por lo tanto, no lograron cautivar la imaginación del pueblo para lanzarlo a la realización de esfuerzos y conquistas importantes.

Veamos ahora el factor b): *Movilización de los superávit. Inversión de los superávit.* Puede decirse que estas son las dos tareas principales de la planificación económica. Por razones expositivas las separamos, pero en realidad están íntimamente unidas, toda vez que desde el principio la modalidad de las inversiones juega un rol vital en la producción, y por ende en la determinación de los superávit disponibles para invertir.

Movilizar los superávit significa dos cosas: primera, aumentar la producción al máximo posible; y, segunda, resolver qué proporción de la producción total se ha de destinar a inversiones. El aumento de la producción se logra poniendo en actividad recursos inexplorados, eliminando el derroche y la ineficacia e introduciendo métodos de producción perfeccionados. Que éstos deben ser los objetivos primarios de la planificación, salta a la vista.

La determinación de la parte de la producción total que puede y debe canalizarse hacia la inversión es tal vez la llave

El Topo Blindado

de las decisiones de planeamiento. (Utilizo el término inversión para involucrar aspectos tales como el adiestramiento de personal científico y técnico.) Estimo indudable que un país subdesarrollado debe guiarse en general por el principio de que hay que poner énfasis en la inversión —en otras palabras, que el consumo debe ser contenido y aun reducido, en tanto el efecto de esto no resulte perjudicial para la producción—, y que todo el sobrante del producto nacional ha de ser invertido. Sin embargo, hay que reconocer que éste es sólo un principio general, y que en la práctica existen ciertos factores no económicos cuya consideración es necesaria para determinar la tasa de inversión. Mencionaré dos de estos factores no económicos, que juzgo de gran importancia en el caso de Cuba. Primero: puede ser necesario efectuar un mejoramiento *inmediato* en el nivel de vida de algunas clases o estratos de la población para fortalecer los cimientos políticos de la revolución. Creo que ése ha sido el caso de Cuba, y que desde tal punto de vista se justifica plenamente el notorio mejoramiento del nivel de vida que se registró durante el año último en los sectores de más bajos ingresos de la población. Segundo: puede ser inoportuno —incluso por razones políticas— reducir con excesiva rapidez lo que puede llamarse el “exceso de consumo” de los sectores de ingresos más altos, especialmente la burguesía y la aristocracia obrera. Por estas dos razones, es justificable establecer la tasa de inversión a un nivel considerablemente más bajo que el que sería posible desde un punto de vista puramente económico.

Supongamos ahora que se ha adoptado una decisión respecto de la tasa de inversión, y que como consecuencia se sabe cuál es el volumen del superávit disponible para invertir. ¿Cómo se distribuirá? Esta es, desde luego, una cuestión fundamental de la planificación económica, y mucho la han debatido los economistas interesados en el problema del desarrollo. Me limitaré a unas pocas consideraciones.

Primero está la necesidad de tener siempre presente que la asignación del superávit implica escoger entre muchas alternativas posibles —elección que los planificadores económicos pueden realizar en forma racional solamente si se les proporciona un concepto claro del orden de prioridades del régimen. Por suerte, no es probable que este problema presente dificultades importantes en las primeras etapas del desarrollo, especialmente en un país como Cuba, donde, al menos en los primeros años,

todo deberá subordinarse a la necesidad de alcanzar una auténtica independencia económica. También por fortuna, el logro de la independencia económica requiere industrialización y diversificación, dos objetivos trascendentales en sí mismos.

Dentro de la escala de prioridades establecida por los objetivos de la independencia económica, la industrialización y la diversificación, quedan aun por realizar muchas elecciones difíciles. Por ejemplo, en la medida de lo posible es preciso sustituir importaciones por artículos de producción local. Pero se importan cientos de productos. ¿Cuáles deberán sustituirse? ¿Y por qué métodos se llegará a producir los sustitutos? Al responder a estos interrogantes hay que tener en cuenta muchas consideraciones, entre las cuales se destacan: la disponibilidad de materias primas y de recursos productivos no utilizados, el volumen de maquinaria importada necesario para producir los sustitutos de importación, y la rapidez con que puede alcanzarse la producción de sustitutos en escala cuantitativa. (La enumeración, naturalmente, está lejos de ser completa.)

Algunos economistas han sostenido que la *rentabilidad* debe ser el criterio determinante para decidir cómo distribuir el superávit. Por ejemplo, si en alguna industria un monopolio ha estado restringiendo el abastecimiento y recargando los precios —obteniendo por ende grandes ganancias—, aquellos economistas dirían que es preciso realizar inversiones importantes en esta industria. No estoy de acuerdo con esta manera de razonar. La industria en cuestión podría estar produciendo artículos de lujo no esenciales y/o utilizando grandes cantidades de maquinaria que se necesita en otros sectores. Si es éste el caso, la producción debería mantenerse restringida y los precios elevados, y el estado tendría que encarar el problema de las ganancias del monopolio por otro camino, verbigracia, mediante gravámenes o por la nacionalización del monopolio.

Que no se entienda mal. No quiero sugerir que los precios y las ganancias no jueguen función alguna en la planificación de las inversiones. Pienso que semejante conclusión sería completamente equivocada. Desde luego, es importante conocer el costo de todo lo que uno produce, y para este fin nada mejor que un sistema de precios y salarios que nos dé la medida aproximada de las escaseces relativas de distintos tipos de mercaderías y las productividades relativas de los diferentes grados y especialidades de mano de obra. Pero destaquemos que ello *no* signi-

El Topo Blindado

fica que la producción de todas las mercaderías deba ser impulsada hasta el punto en que los costos iguallen a los precios. El bienestar social (que abarca los requerimientos del desarrollo económico) exige que algunos artículos sean producidos en cantidades mayores y otros en cantidades menores que las que aconsejaría la aplicación de semejante criterio. Los primeros tendrían que ser subsidiados, mientras que los segundos reportarían ganancias excesivas que deberían pertenecer a la autoridad pública o ser expropiados por ella. Lo importante no es *evitar* los subsidios y las ganancias excesivas, sino saber en qué renglones de la actividad económica son pagados u obtenidas, y decidir si se justifican o no para los intereses públicos. Lo que es absolutamente erróneo e indefendible es no saber cuánto cuestan los diversos productos y en consecuencia no poseer una base racional para comparar su costo con la contribución que aportan al bienestar nacional.

Todo lo que antecede —puede objetárseme— no alcanza a proporcionar una fórmula eficaz y practicable para distribuir la inversión entre los diversos usos alternativos posibles, y ni siquiera señala un camino para llegar a ella. Convengo en ello, pero no creo que deba disculparme. La verdad es que no existe semejante fórmula, y pienso que buscar una es tan absurdo como el buscar extremo al arco iris. La planificación económica no puede ser reducida a un conjunto de reglas y fórmulas. Nada sustituye al uso de la razón y del juicio, y éstos variarán constantemente de acuerdo con nuestro conocimiento y experiencia. Lo que pueden hacer los planificadores económicos es tratar de formarse un cuadro lo más exacto posible de cuáles son exactamente las alternativas que se presentan frente a ellos. De esta manera, cabe esperar que logren adoptar decisiones responsables, con lo cual quiero significar decisiones que tomen en consideración no sólo los objetivos perseguidos sino también los sacrificios que han derealizarse para alcanzarlos.

Permítaseme agregar dos advertencias. Primera: me parece que es muy restringida la órbita de las decisiones que es posible adoptar en materia de inversiones aplicando criterios puramente cuantitativos. Estos pueden adaptarse para adiciones marginales o alteraciones con relación a una fábrica o un método de producción ya existentes. Sin embargo, semejantes decisiones no son las que importan para un país subdesarrollado. Segunda: no quisiera que se me atribuya el negar que existen técnicas matemáticas para explorar las consecuencias cuantita-

tivas de un conjunto de decisiones de inversión, técnicas que al menos pueden ser útiles en el sentido de contribuir a que los planificadores económicos descubran y eliminen los errores, mejorando así la calidad de su labor.

Ojalá estas advertencias basten para aclarar que no soy contrario en ningún sentido a los estudios econométricos referidos a teorías de planificación y programas de inversión que se están llevando a cabo en varias regiones del mundo. Me complace que tales estudios vayan adelante y espero que con el tiempo habrán de dar frutos.

Pasemos ahora al aspecto c): *Formulación del plan. Ejecución del plan.* Con respecto a la formulación del plan, hay que poner en claro dos cosas. Primera: que la responsabilidad de formular el plan debe ser necesariamente centralizada. Las diversas regiones, industrias y empresas pueden y deben hacer sugerencias, pero en rigor no están en condiciones de decir si tales sugerencias se acomodan a las de otras unidades económicas dentro de un todo racional. En un sistema no planificado, es función del mercado ajustar entre sí los planes parciales, y en el mejor de los casos sólo lo hace *después* que se ha cometido toda clase de errores y se ha dado lugar al derroche. En un sistema planificado, en cambio, es precisamente función de los planificadores asumir esta responsabilidad y hacerlo en la medida de lo posible *anticipadamente*, con lo que se evitan errores y derroche. Esto sólo pueden realizarlo si se ubican en el centro de la escena y observan el sistema como una totalidad. Segunda —y esto se relaciona íntimamente con lo anterior—: el éxito alcanzado por los planificadores depende fundamentalmente de la amplitud y la precisión de los informes que poseen. Existe pues una dialéctica interna que impulsa a toda sociedad encaminada en la senda del desarrollo planificado a buscar siempre el mejoramiento y la perfección de sus métodos de recoger, procesar e interpretar estadísticas, aspectos técnicos y demás tipos de información de relevancia económica. No vacilo en predecir que Cuba dejará de ser pronto uno de los países latinoamericanos más atrasados en este campo, para convertirse en líder y modelo de todos los demás. Es necesario agregar, empero, que no existen reglas fijas aplicables a todos los tiempos y lugares. Evidentemente, en la etapa primera de la planificación —y ustedes en Cuba están iniciando ahora esta etapa— puede resultar indispensable y conveniente un grado considerable de centralización en cuanto a la responsabilidad de ejecutar el plan.

El Topo Blindado

Pero a medida que los funcionarios, dirigentes industriales, etc., aprendan sus tareas, será posible encarar la descentralización, como lo demuestra la experiencia de todas las economías planificadas.

Un problema más controvertible lo constituye el grado en que la empresa privada pueda resultar compatible con una planificación eficaz. Como ustedes saben, ésta es todavía una cuestión no dilucidada, y es preciso abordarla sin respuestas preconcebidas. Mucho depende de las circunstancias particulares. Si el sector privado es pequeño y débil, tal vez comprenda que va en su propio interés cooperar voluntariamente con el sector público en la realización del plan. Esta es una ventaja que posee el país subdesarrollado en comparación con otro industrialmente avanzado como los Estados Unidos, donde el sector privado es muy fuerte y constituye la abrumadora mayoría del complejo económico. Sencillamente me parece imposible una planificación eficaz en estas condiciones. Pero, en cualquier caso, es claro que *cualquier* país seriamente embarcado en la planificación debe establecer reglas explícitas que gobiernen la relación entre el sector privado y el plan. Si el sector privado se muestra entonces incapaz o poco dispuesto a adaptarse, el estado tendrá sencillamente que ocupar su lugar. Negarse a hacerlo sería eludir responsabilidades y convertir la planificación en una farsa, como sin duda ha ocurrido en algunos países capitalistas que anunciaron su intención de establecer una economía planificada. Por otra parte, si todos comprenden por anticipado que el gobierno va a tomar cartas en caso de disconformidad con el plan, serán mejores las perspectivas de que el sector privado asuma la actitud correcta.

Permitaseme agregar que yo mismo me mantendría como decidido partidario de la empresa pública frente a la privada, aun cuando estuviera convencido de que el sector privado no entraña peligro alguno para el cumplimiento del plan. La razón es que creo que la propiedad privada sobre los medios de producción está destinada a ser una continua fuente de corrupción moral y política. Una sociedad de auténtica fraternidad, igualdad y libertad será imposible de lograr mientras algunos hombres sigan explotando el trabajo de otros. Naturalmente, esto no se aplica a la pequeña producción de mercaderías y servicios por parte de individuos que trabajan para sí mismos o en cooperación con otros.

Llegamos al punto d): *Planificación en términos reales. Planificación en términos financieros.* Que ambas cosas son partes esenciales del proceso total de planificación resulta seguramente obvio para cualquiera, y no necesita mayores comentarios. Todo ingreso y todo egreso tienen dos dimensiones: una física y una de valor; y los planificadores deben trabajar con presupuestos y balances de ambas clases. Lo que no es tan obvio es la naturaleza de las interrelaciones entre las dos, y es aquí donde probablemente surjan dificultades o, en todo caso, donde comúnmente han surgido antes de que estos asuntos fueran tan bien comprendidos como en la actualidad.

Cuando se introduce un nuevo plan existen casi con seguridad grandes reservas de recursos humanos y materiales no utilizados, que pueden mobilizarse en las tareas del desarrollo económico. El peligro consiste en que el problema de poner en actividad todos estos recursos inactivos se considere meramente en su aspecto físico, y que las consecuencias financieras sean pasadas por alto. Ese camino conduce a la inflación, enfermedad económica que deriva en corrupción, injusticia, derroche y tensión política. Tal problema se suscita cuando no se toma debida nota del hecho de que el aspecto físico de la inversión consiste en un aumento de los medios productivos, el cual durante cierto tiempo no podrá agregar nada a la producción de artículos de consumo. Mientras tanto, uno de los resultados financieros de la inversión es el aumento *inmediato* de los ingresos de los trabajadores y de los propietarios de otros medios de producción. Una vez reconocida esta relación, no es difícil para los planificadores adoptar las medidas adecuadas. El ingreso total de los consumidores en dinero (o más exactamente la demanda total de artículos y servicios de consumo) debe mantenerse en un volumen que no exceda el abastecimiento físico previsible de tales mercaderías multiplicado por sus precios corrientes. Esto puede lograrse por la estabilización de los niveles de salarios, por los impuestos y por diversos planes de ahorro.

Mi propia impresión, si algo vale, es que aquí en Cuba no existe todavía suficiente comprensión de la naturaleza del peligro inflacionario en los niveles gubernamentales inferiores, pero que la capa dirigente superior y aquéllos que están directamente vinculados con la planificación tienen plena conciencia del problema y se encuentran en situación de adoptar medidas preventivas adecuadas.

El Topo Blindado

Finalmente llegamos al punto e): *Planificación a corto plazo. Planificación a largo plazo.* Para alguien que, como yo, está más que interesado en la economía *política* que en los problemas de administración y organización económica, los aspectos más interesantes de la planificación se encuentran en este sector. Pero no es sólo el interés personal el que me lleva a cargar el énfasis en estos aspectos. Existe siempre el peligro de que en las primeras etapas de la planificación económica, los problemas a corto plazo y aun los inmediatos parezcan tan ingentes a los ojos de los planificadores que éstos no presten atención a los problemas de mayor alcance y a las medidas que requeriría su eventual solución, no para alguna época indefinida sino a partir de ahora mismo. Para decir lo mismo en términos algo distintos, la planificación a corto plazo y la de largo plazo no son dos actividades diferentes que puedan separarse en tiempo y espacio. Constituyen partes integrales del mismo proceso. Deben llevarse a cabo al mismo tiempo y desde el mismo lugar.

Con el propósito de ilustrar lo que quiero decir, permítaseme extraer un ejemplo de la historia de la Unión Soviética. Cuando los bolcheviques accedieron al poder en 1917, los problemas inmediatos eran de angustiosa urgencia, y podría pensarse que no había entonces necesidad ni posibilidad de considerar los problemas a largo plazo. En gran medida, desde luego, esto era cierto. Pero no totalmente. Los bolcheviques, como buenos marxistas, estaban convencidos de que la ciencia encerraba la llave para el futuro, y se pusieron *desde el mismo día en que llegaron al poder* a la tarea de construir la formidable maquinaria educativa que iba a colocarlos a la vanguardia en materia de exploración espacial y cohetes cuarenta años después, y que todavía no ha dado todos sus frutos. Es necesario subrayar que no fue simplemente cuestión de expandir la educación primaria en forma inmediata y más tarde ocuparse de la escuela secundaria y las instituciones de enseñanza superior. Por sobre todo, se trataba de empezar *enseguida* a producir los científicos y maestros que pudieran producir científicos y maestros *en masa* para cuando los niños de 1917 tuvieran que ir a la escuela y la universidad. Probablemente no sea exagerado afirmar que si los bolcheviques hubieran descuidado la planificación a largo plazo durante los difíciles días de la guerra civil, cuando seguramente era enorme la tentación de concentrar todas las energías en el problema de la supervivencia, no habría habido sputniks para

celebrar el cuadragésimo aniversario de la revolución en noviembre de 1957.

Si esta planificación de futuro en medio de un presente difícil era importante en 1917, lo es mucho más hoy en día, cuando el mundo se mueve con rapidez sin precedentes. Cosas que parecen fantásticas e imposibles hoy serán lugar común mañana, para aquéllos que estén preparados cuando llegue el momento. Y el tiempo de empezar a prepararse es hoy, no mañana.

Esto, desde luego, afecta primero y por sobre todo al campo de la educación, tal como en 1917. Yo les urgiría a ustedes, los cubanos, que hicieran los mayores esfuerzos por apreciar este problema en su debida importancia y proporciones. La reforma educacional, que ustedes han iniciado tan bien en los niveles inferiores, debe extenderse en seguida a todos los niveles, y muy especialmente al nivel superior donde ya están en gestación los maestros y científicos del futuro.

Los mismos principios son a menudo aplicables en el campo estrictamente económico. Me limitaré a un ejemplo entre muchos, que estoy seguro podría ser escogido con facilidad por cualquiera suficientemente familiarizado con los hechos relevantes. Tienen ustedes ahora una elevada proporción de desempleo, y si las condiciones de hoy fueran las mismas de hace dos años podrían considerar a éste como el problema número uno de Cuba. Pero no creo que éste sea todavía el caso. La planificación económica convertirá automáticamente el desempleo en escasez de brazos, en cuestión de tres o cuatro años. Deben ustedes empezar a planificar *ahora* con esta situación in mente. Y esto significa no adoptar métodos de producción simplemente porque crean trabajo. Los métodos que hay que seguir deben ser los más racionales, los que prometen el mayor aumento de la productividad para tres, cuatro, cinco y aun diez años más adelante. En cuanto al presente, deben crearse ocupaciones de emergencia para absorber el desempleo durante un período temporario de transición.

Es obvio que en estos apuntes breves e inconexos no he logrado más que arañar la superficie de los problemas de la planificación económica. Pero confío en haber logrado abrir líneas de investigación y estimular pensamientos que pueden constituir la base de una discusión fructífera.

Este artículo apareció publicado en el N° 1 del Vol. 12 de la edición norteamericana de MR.

Un intercambio de cartas

El texto de estas cartas cambiadas en 1956 entre Leo Huberman y Joan R., antigua suscriptora de MR, no necesita comentarios.

Los Editores

Estimado Leo Huberman:

Algunos aspectos de la próxima campaña electoral me afectan y preocupan profundamente, y lo mismo puedo decir de ciertas observaciones hechas por usted al hablar ante la tumba de Debs, en Nueva York, el pasado mes de noviembre, y que se publicaron en MR (edición norteamericana) en junio último. En ese discurso se refirió usted al "estéril debate entre aquéllos que intervienen en la política interna de los partidos capitalistas, y nosotros, los que tratamos de emplear todo nuestro tiempo y toda nuestra energía en la creación de un partido independiente —no específicamente socialista— que carece de la más mínima perspectiva de éxito". No me interprete mal: me siento muy inclinada a compartir su opinión. Pero ¿dónde nos ubica esto, en la práctica, frente a la campaña electoral? Me parece que ello merece ser mucho más ampliamente estudiado y discutido por parte de usted en MR, en el lapso que transcurrirá hasta el comienzo de la campaña (y de algunas de las campañas primarias más importantes).

Quizá convenga usted en que hay una diferencia entre trabajar activamente en la campaña y cumplir meramente con el deber de votar. Esto último es lo que en mayor o menor medida he estado haciendo a lo largo de las elecciones anteriores, pero no estoy satisfecha. Seguramente aceptará usted que ni un solo voto debe perderse por vía de la abstención. En rigor, el inculcar esto a los votantes es uno de los esfuerzos centrales de la campaña. Y aunque muchos de los defectos más graves son inherentes por igual a los dos grandes partidos (lo cual constituye, desde luego, la razón principal de que uno se sienta incapaz de intervenir a conciencia y de todo corazón en la campaña), es

incuestionable que todavía existe cierta diferencia en algunos aspectos entre los dos partidos (como usted mismo lo ha destacado no hace mucho en MR, si no recuerdo mal).

Yo participé con todo empeño en la campaña de la cuarta presidencia de Roosevelt, inmediatamente después de convertirme en ciudadana norteamericana, porque me sentía sumamente feliz de poder votar al menos una vez por FDR. Hoy no puedo resignarme a trabajar de corazón y a conciencia por el Partido Demócrata ni dentro de él. Esto, en ocasiones, me hace sentirme casi culpable, especialmente porque muchos de mis amigos dedican sus mejores esfuerzos al Partido Demócrata a pesar del hecho de que en lo fundamental piensan muy parecido a mí. Explican ellos que ése es el único modo de asegurar que se elija un mayor número de candidatos liberales, y tal razonamiento es harto difícil de refutar. En verdad, su labor probablemente resulte esencial en la órbita de nuestro distrito parlamentario, pues éste es el distrito de Donald Jackson, del tristemente célebre Comité de Actividades Antinorteamericanas, y no es fácil ignorar cualquier esfuerzo vigoroso por reemplazarlo. Sin embargo, creo que no hay la menor posibilidad de modificar el partido en su conjunto en una medida apreciable, por muchos esfuerzos que hagamos. Por eso permanezco, en parte por indecisión, en el sector marginal, comprometida al menos en cuanto a ser afiliada sin participación activa, de modo que ellos cuenten con el respaldo numérico y financiero de la afiliación en la convención estadual de los Clubes Demócratas de California, donde se han de decidir aspectos políticos esenciales, incluido el respaldo a un candidato de California que se oponga al senador Kuchel. Lo cual no implica en modo alguno que me haya inclinado a la apatía o al derrotismo, pues me muestro activa allí donde pienso que puede trabajarse por una legislación mejor. Sólo que permanezco algo a la deriva de la política partidaria propiamente dicha.

Me imagino que muchos componentes de la izquierda están luchando frente a este problema, tratando de encontrar alguna respuesta satisfactoria; por esta razón espero que juzgue usted oportuno dar cabida en MR a una discusión profunda de tan complejo asunto.

Cordialmente,

Joan R.

El Topo Blindado

Estimada Joan:

Permítame empezar manifestando que en esta respuesta a su carta me referiré a los problemas que usted plantea sólo en cuanto se relacionan con los socialistas convencidos, es decir, con los que creen en la propiedad pública de los medios de producción y en una planificación integral que beneficie a los productores.

El hecho de que cada cuatro años, cuando se acercan las elecciones, este grupo se embarque en una fiera discusión acerca de lo que hay que hacer —si votar por el “mal menor” o fundar un tercer partido— es indicio de que hemos olvidado los fundamentos del pensamiento socialista. Este “problema” ha tenido respuesta repetidas veces en la literatura socialista. He aquí, por ejemplo, lo que decía Debs sobre el tema de “mal menor”:

Los partidos Demócrata y Republicano o, para ser más exactos, el partido Demócrata-Republicano, representa a la clase capitalista en la lucha de clases. Ambas agrupaciones son las alas políticas del sistema capitalista y toda diferencia que surge entre ellos se refiere al botín, no a los principios.

Con cualquiera de estos partidos en el poder, una cosa es cierta, y es que la clase capitalista está sobre la montura, mientras que la clase trabajadora es la que está debajo.

La aprobación de la ley sobre el gas natural prueba, si se necesitaba más evidencia, que este análisis es hoy tan exacto como en los días de Debs. La ley no hubiera podido aprobarse en el Senado sin contar con el volumen de los votos de los demócratas, muchos de ellos demócratas “liberales”.

Tengo ante mí, al escribir, un ejemplar del gran clásico socialista *Merrie England*, de Robert Blatchford. Fue publicado en este país por la antigua *Appeal to Reason* en 1903. Adviértase la fecha. Hace más de cincuenta años, se exponía con estas palabras la imbecilidad de los socialistas al votar por los candidatos de su enemigo de clase:

Ser sindicalista y luchar por su clase durante una huelga, y al mismo tiempo ser “tory” o liberal y luchar contra la propia clase en una elección es una locura. Durante una huelga no hay tories ni liberales entre los patronos. Son todos capitalistas y enemigos de los trabajadores. ¿Hay lógica en eso, John Smith? ¿Tiene usted alguna percepción? ¿Usa usted su sentido común?

Usted no elige nunca a un empresario como presidente de un sindicato o de un congreso gremial, ni como afiliado al sin-

dicato. Nunca pide usted a un empresario que le guíe durante una huelga. Pero en épocas de elecciones, cuando debería estar junto a su clase, la familia entera de los trabajadores sindicalizados se olvida de todo y lucha por los capitalistas contra los trabajadores.

Eso en cuanto a votar por el enemigo de clase, sea un republicano “liberal” o un demócrata “progresista”.

Dice usted que “es incuestionable que todavía existe cierta diferencia en algunos aspectos entre los dos partidos”. Seguro que la hay. Los republicanos son más tramposos, pero por el momento están divididos entre el grupo Knowland, activa (y peligrosamente) belicista, y el grupo Eisenhower, que busca igualmente la dominación capitalista del mundo pero advierte los peligros de la guerra. Los demócratas, por su parte, no están divididos en absoluto en cuanto a su campaña por aumentar los gastos militares. Si prefiere usted que le roben a que la maten, vote a los republicanos; si prefiere correr la chance de sobrevivir a una guerra antes que ser desvalijada, vote a los demócratas.

Deténgase y piense un momento. ¿No convendría usted en que cualesquiera diferencias que puedan existir entre los dos partidos quedan empujadas a la luz de los problemas que enfrentan por igual republicanos y demócratas como representantes de la clase capitalista? ¿No encaran ambos idénticas líneas de acción que les son *impuestas* por la situación histórica? ¿No se quejan siempre los demócratas de que, en lo que respecta al bienestar social, los republicanos les están hurtando las banderas? ¿No enfrentan ambos el problema agrario mediante subsidios de una clase u otra? ¿No figura en los dos programas el fomento de la economía a través de los gastos gubernamentales? ¿No persiguen ambos el objetivo de encadenar el movimiento obrero al carro de la industria (con esa cáfila de dirigentes obreros que sólo compiten entre ellos para ser los primeros en comerse los medrugos)?

La verdad es que toda la amplitud de maniobra que existió alguna vez prácticamente ha desaparecido: los dos partidos políticos deben intentar la solución de los problemas a largo plazo que afronta el país de la misma manera, y ambos deben fracasar en la instancia final. Tienen que fracasar porque los problemas del poder monopolista, de la superproducción y del imperia-

El Topo Blindado

lismo son inherentes al sistema capitalista en el cual se refugian. Los problemas a largo plazo sólo pueden ser resueltos introduciendo en la estructura social aquellos cambios necesarios que caracterizan al socialismo.

Se desprende de esto que trabajar dentro del partido Demócrata para "asegurar que se elija un mayor número de candidatos liberales" no tiene sentido porque, aunque se tuviera éxito, no se conseguiría nada fundamental. Puede usted lograr una victoria del cien por ciento en todo el país, y sin embargo sus demócratas "liberales" electos para la función pública no podrían hacer nada por liberarse del chaleco de fuerza con que los oprime el capitalismo.

¿Y no hablemos de las veces que hemos descubierto en el pasado que los candidatos "liberales", una vez elegidos, dejan de ser liberales! Sus amigos estiman importante desalojar a Donald Jackson del Comité de Actividades Antinorteamericanas. Pero, ¿no fue apoyado por la izquierda el legislador Doyle, también de California? ¿Y no terminó éste en el Comité de Actividades Antinorteamericanas? ¿Cuántas veces, y por cuántos callejones sin salida hemos de llevar a nuestros partidarios antes de que despertemos?

Pasaré ahora al tema del tercer partido. Una organización semejante, que preconice una plataforma de socialismo, no de reformas ni de "capitalismo progresista", tendría sentido, porque nos permitiría decir la verdad. Tal partido tiene un objetivo definido y sabe que le tomará mucho tiempo alcanzarlo. Necesita crecer, desde luego, pero puede jugar en su favor los resultados comiciales porque no espera ganar las elecciones. La campaña es una oportunidad para educar al pueblo, y el partido "gana" si consigue precisamente esto.

Pero un tercer partido que no sea netamente socialista no tiene razón de ser. Prometerá amistad al trabajador, pero lo mismo hacen los partidos capitalistas. A diferencia de un partido francamente socialista, se organizará para competir por los votos y el poder político. Intentará ser un partido de masas. Semejante organización no puede sobrevivir a una aplastante derrota electoral porque quedará en evidencia como un partido de masas... sin masas.

¿Qué hemos de hacer entonces? He dado mi propia respuesta en el discurso que pronuncié ante la tumba de Debs. Dije

que debemos "expresar honesta y claramente lo que queremos. Proclamemos —y enseñemos— nuestra fe socialista; en cualquier parte, en todas partes, sean muchos o pocos los que nos escuchen".

Me doy cuenta de que eso no se parece a un programa de acción, debido a que muchos de nosotros en la izquierda hemos sido llevados a considerar que la acción es sólo golpear puertas, distribuir panfletos y mimeografiar literatura en favor de un candidato particular. Pero lo que yo sugiero es *acción* también; no tan notoria quizás; no tan fácil, pero mucho más importante y perdurable. Y ésta es mucho más difícil que la otra clase de acción, porque significa que tiene usted que estudiar mucho y pensar claramente de modo de conocer lo que se dice lo suficiente como para convencer al que no está informado. Tiene usted que elaborar una técnica para orientar y clarificar las mentes de personas que han sido envenenadas por años enteros de mentirosa propaganda capitalista. No es fácil, créame.

Resultará difícil convencer a los necios que hay de nuestro la de que éste es un programa de acción. En cuanto a ellos, usted misma ha dado un argumento adicional: dice que se muestra activa allí donde piensa que "puede trabajarse por una legislación mejor". Eso es muy importante. Para la persona que quiere *hacer algo* ahora además de predicar el socialismo, hay mucho que hacer en todos los frentes de la vida cotidiana. ¿Se siente usted justamente indignada ante el horror del asesinato de Emmett Till? ¿Le violenta la injusticia cometida contra Miss Autherine Lucy? Usted puede entonces trabajar mucho y muy duro por la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color). ¿Le preocupa la preservación de nuestras libertades tradicionales? Entonces hallará mucho que hacer en organizaciones tales como el Comité de Emergencia de las Libertades Civiles, en el este; el Comité de Ciudadanos por la Preservación de las Libertades, en el oeste; o la Unión Norteamericana de las Libertades Civiles. ¿Le alarma el peligroso papel jugado por George Meany con respecto a la política exterior? Tiene una tarea que cumplir con los miembros de su sindicato. ¿Aqueja a las escuelas de su vecindad el doble problema de la edificación insalubre y de la enseñanza pobre? La Asociación de Padres de Alumnos la necesita. ¿Se necesita un campo de deportes en su comunidad? Hable en su organización vecinal, si existe, o inicie la formación de una, si no la hay.

El Topo Blindado

Hay mucha acción, mucho trabajo práctico que pueden desarrollar todos los días y en todas partes quienes quieran hacerlo, sin malgastar tiempo y energías trabajando para elegir a unos demócratas que no piensan lo que piensa usted.

¿Cómo hemos de votar? El dilema aquí consiste en que ninguno de los partidos socialistas existentes en los Estados Unidos cumple adecuadamente los requisitos. El Partido Socialista lo es sólo en el nombre: combate al socialismo donde éste ya existe. El Partido Comunista dice que propicia el socialismo, pero por muchos años sólo se ha mostrado activo en la campaña por las reformas, y comúnmente apoya la idea insensata, suicida, de trabajar dentro del partido Demócrata. El Partido Trotskista de los Trabajadores aboga por el socialismo, pero de una manera irrealista y sectaria, con todas sus energías concentradas en atacar al stalinismo. El Partido Socialista De Leonista propicia un socialismo de carácter peculiar, estrecho y sectario y asume una actitud irrealista frente a los problemas de todos los días. Pero, desde el momento en que he resuelto firmemente no votar por un candidato capitalista, tendré que escoger entre los cuatro partidos socialistas, por insatisfactoria que sea la elección.

Un estudiante universitario vino a visitarme el otro día. Era un católico, muy rico, miembro de la clase dirigente. Me contó cómo, un año atrás, se había convertido al marxismo al escuchar una explicación clara, cuidadosamente razonada, sobre lo inadecuado de la política exterior norteamericana, de parte de un compañero de estudios en una reunión realizada en el dormitorio de la universidad. "De pronto —me dijo—, mientras escuchaba, todo lo que era confuso se me hizo claro; cayó la venda de mis ojos. Desde entonces, he estado leyendo y estudiando literatura marxista. Cuando haya aprendido lo suficiente, ocuparé mi lugar en las filas de los que luchan por el socialismo en los Estados Unidos."

Con los ojos encendidos, mientras paseaba nerviosamente por la habitación, preguntó: "¿Cómo es posible que yo haya vivido veinticinco años sin conocer la verdad?"

Le señalé que eso no era tan extraño como parecía. ¿Dónde iba a aprender la verdad? ¿En la iglesia? ¿En la clase social superior a la que pertenecía? ¿En la escuela? ¿A través de la prensa y la radio?

En ausencia de un poderoso movimiento socialista, ¿cómo es que algunos de nosotros nos volvemos socialistas? A través de un amigo, un maestro, un libro o una experiencia en la que aparece el rayo esclarecedor. Y cuando ello ocurre, como dice Debs, es "como pasar de la sombra de la noche a la luz del mediodía."

Hoy, cuando la izquierda es débil y tambaleante, cuando sólo un tonto cree que puede ejercer alguna influencia significativa en la política norteamericana, indudablemente nuestro único camino es hacer lo que podemos hacer: propagar el evangelio del socialismo. Si los que creemos en el socialismo no lo hacemos, ¿quién lo hará? Si los socialistas trabajan activamente por los demócratas, ¿quién "levantará el velo" de los ojos de aquéllos que han "vivido veinticinco años sin conocer la verdad"? ¿Qué otra cosa es más "práctica" en una campaña electoral, o en cualquier ocasión, que dar a cada uno a quien conocemos la llave para comprender la complejidad de nuestro mundo?

Casi al final de su corto libro *This Misery of Boots*, publicado en 1906, H. G. Wells hace la misma pregunta que usted formula. Aquí está la pregunta y su respuesta:

¿Qué debemos hacer? Sin duda dedicar nuestras mejores energías a hacer socialistas a otras personas, a organizarnos con todos los demás socialistas, sin consideración de clases ni de detalles menores de credo, y a hacernos audibles, visibles, efectivos como socialistas, dondequiera y cuando quiera que podamos.

Tenemos que pensar en el socialismo, leer sobre él, discutir sobre él, de modo de adquirir seguridad y persuasión en la materia. Debemos confesar nuestra fe abierta y frecuentemente. Debemos negarnos a ser llamados liberales, conservadores, republicanos, demócratas o cualquiera otra de esas ambigüedades. En todas partes debemos formar o integrar una organización socialista, un club, o asociación, o lo que sea, para poder "contar". Para nosotros, como para los primeros cristianos, la prédica de nuestro evangelio es el deber supremo. Hasta que los socialistas puedan ser contados, y contados por millones, poco podrá hacerse. Cuando lo sean, un nuevo mundo será nuestro.

Pienso que lo que H. G. Wells dijo en 1906 sigue siendo cierto hoy, medio siglo después. Dedicuémonos a la inspiradora tarea de provocar una auténtica resurrección del pensamiento socialista y de la fe socialista en un país que va perdiendo el

El Topo Blindado

hábito de pensar, y que está muy necesitado de fe.
Fraternalmente,

Leo Huberman

P. D. Me parece que hay en este país una alarmante cantidad de radicales que están o han estado en el consultorio del psicoanalista. Sé muy poco sobre el tema y puedo estar equivocado, pero al menos me parece posible que una de las razones de aquello sea la de que hay tantos izquierdistas que piensan de una manera y actúan de otra. Eso *no debe* ser bueno para la salud. ¡Qué aliento espiritual se siente cuando uno piensa, dice y hace lo que realmente cree!

Este intercambio de cartas apareció en el N° 11 del Vol. 7 de la edición norteamericana de MR.

¿QUE ES LA U.R.S.S.?

¿Por qué fue desplazado Khrushchev?

Las claves que permiten entender al estado obrero soviético y sus contradicciones, que forman la base del desplazamiento de Khrushchev, se hallan en los artículos de Isaac Deuschter y León Trotsky que se publican en el N° 3 de FICHAS DE INVESTIGACION ECONOMICA Y SOCIAL.

En ese número, dedicado a la clase obrera, se halla, además, un análisis del 17 de octubre de 1945 y una tesis sobre la clase obrera argentina, titulado "Conservadorismo, quietismo y burocratismo en la clase obrera argentina".

Fichas de investigación económica y social N° 3

ARAUCO

La revista del pensamiento socialista chileno. Aparece todos los meses. Suscríbese.



Editada por:
PRENSA LATINOAMERICANA
ESTADO 360 — 2º piso — Of. 6
SANTIAGO DE CHILE — CHILE

POLITICA INTERNACIONAL

de gaulle: saldo de una visita
a la América del Sur

suscribase

12 Números: \$ 250.-

GIROS A: JORGE JULIO GRECO

Avda. R. S. Peña 760 - Buenos Aires

OFERTA ESPECIAL DE EDITORIAL PERSPECTIVAS



carlos aquirre

La apasionante historia de una de las más importantes guerras de liberación nacional de nuestro siglo. "Los argentinos, por ejemplo, tenemos con los argentinos algo más que una vecindad de abecedario... Mirando a Africa los argentinos lograrán verse en el espejo".

Un volumen de 452 páginas con mapas y fotos

\$ 250.- el ejemplar

Haga su pedido a:
EDITORIAL PERSPECTIVAS
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 760 - Of. 531
Buenos Aires - Argentina

Gregorio Selser



apareció la
segunda
edición

136 págs.

\$ 100.

**ALIANZA
PARA
EL PROGRESO
LA MAL NACIDA**

iguazú - bs. as.

documentos/5 - bolsillo

distribuye: CODILIBRO Ltda.
valentín gómez 2615-bs. as.